

HUIDA AL PASADO

LAW SPACE

Huida al pasado

Law Space

Espacio el Mundo Futuro/110

CAPÍTULO I

Apago el cigarrillo, encendido no hacía mucho tiempo y, maquinalmente, completamente alejado de la realidad, encendió otro, que dejó poco después sobre el borde dorado del cenicero, donde los cigarrillos, a medio consumir, formaban ya un montón desmesurado.

El cigarrillo que acababa de abandonar dejaba salir, de su cenicienta punta, un hilo delgado de humo azulado que, enroscándose, temblando en espirales incompletas, iba subiendo en curiosos arabescos hacia el techo del laboratorio.

Y aquel cigarrillo era, en realidad, como un símbolo, ya que el resto de las cosas que había en la estancia, tubos, probetas, matraces, centrifugadoras, autoclaves y microscopios, habían sido abandonados de una manera semejante, olvidados voluntariamente, rechazados del plano de lo consciente, en el que Charles Templer, con los ojos entornados, se negaba rotundamente a entrar.

¿Cuánto tiempo hacía que no había tocado nada?

Ni él mismo lo sabía.

La rebelión había nacido hacía mucho tiempo —unas semanas o unos meses, le hubiera sido difícil saberlo—. Y aquella rebelión, la postura que había adoptado, llegó hasta a negarse voluntariamente a cerrar las cartas que se amontonaban como los cigarrillos inacabados sobre la mesa cié su despacho, había nacido voluntariamente de lo más hondo

de su corazón, inmediatamente después del viaje que, por orden del Gobierno del Planeta, había hecho sobre aquellas alejadas y estériles tierras de Europa.

No lo haría jamás.

La decisión estaba honda y fuertemente grabada en su alma. Al principio creyó poder derogar la orden cruel, exponiendo sus teorías de recuperación, defendiendo el aislamiento que, durante muchos años, diez en total, había tenido Europa.

Pero sus palabras habían chocado contra un muro de piedra.

No; no podía hacerlo.

Había estudiado frenéticamente, durante los últimos diez años, convirtiéndose en una autoridad en su especialidad; la Microbiología. Y ahora, cuando podía estar contento de su trabajo, cuando el orgullo le latía en el pecho por haber encontrado la manera —el Panto-agermicida— de hacer desaparecer los microbios patógenos de la superficie de la Tierra, ellos deseaban que los viejos cultivos virulentos volviesen a flotar sobre los caldos multicolores, reproduciendo formas de vida que iban contra la vida misma, como una destrucción de lo que había costado tanto trabajo hacer.

¿Y todo aquello por qué?

Porque Europa no pudo defenderse en la última guerra, porque sólo poseía armas ofensivas, rampas lanzacohetes que descargaron su furia contra el enemigo, pero que no sirvieron para nada, desde el punto de vista defensivo.

Y fa confiada Europa pagó cara su inadvertencia...

Las bombas atómicas destrozaron sus viejas ciudades cargadas de historia y la radiactividad asoló sus campos, aniquiló su ganado y, aún peor, convirtió a los pocos supervivientes en una especie de monstruos que no podían engendrar más que a monstruos, cada vez más horribles.

¡Los «mutantes»!

Durante aquellos diez últimos años, se había respetado a la vieja Europa, quizá por un poco de romanticismo, incluso el Gobierno del Planeta pareció olvidarse completamente de aquellas viejas tierras y sus habitantes.

Nadie fue hacia allá y ni los mismos aviones sobrevolaron los desolados espacios de Europa, prefiriendo tomar para sus travesías intercontinentales la vía directa polar.

Charles estaba seguro de que no sólo el romanticismo había dejado aislada aquella gloriosa parte del mundo. El miedo a la contaminación había jugado un papel más importante.

Pero el tiempo pasó y los nuevos Estados empezaron a pensar en el interés de «repoblar» a Europa.

Y para ello, naturalmente, había que desalojar de aquellas tierras a los cuatro millones de «mutantes» que vivían en ella, quizá como hombres prehistóricos, entre las ruinas de las máquinas que habían expresado el carácter de una gran civilización.

¿Desalojar?

Aquélla había sido la primera idea; pero después, a medida que los cálculos se hacían y que los presupuestos de gastos iban cayendo sobre las mesas de despacho, con un colofón de frías cifras, los «hombres civilizados» llegaron a la conclusión de que «desalojar», palabra vaga y llena de trampas, podía traducirse llana y simplemente por «destruir».

¿Se podía pedir clemencia y sentimientos humanitarios a una generación que había ganado la Guerra Nuclear?

Esa era la pregunta que, innúmeras veces, se había hecho Charles. Desdichadamente, no se podía pedir nada a aquellos hombres que deseaban, con un ardor propio del siglo XXI, acabar con todo lo que les recordase la hecatombe de diez años antes.

¡Hay que destruir a los «mutantes» europeos!

La prensa, la radio, la televisión, todos los medios informativos, empezaron a publicar artículos «convincentes» y una extensa campaña se puso en marcha para «demostrar», que, desde todos los puntos de vista, la destrucción de los «mutantes» era necesaria.

Templer sonrió tristemente.

¡Necesaria!Lo que era necesario, para el poderoso y victorioso Gobierno del Planeta, era apoderarse de las tierras de Europa y de repoblarlas, instalando a la población de América, que había crecido, entre refugiados y recién nacidos, de una manera alarmante.

Y lo peor de todo era que para destruir a los «mutantes», a aquellos desgraciados, víctimas directas de la guerra atómica, se le había ordenado a él, al profesor Templer, que volviese a disponer sus viejos cultivos, que llenase retortas y matraces con los símbolos de la muerte, de la destrucción, del final horrible para aquellas pobres criaturas que, incapaces de defenderse contra la monstruosidad de su destino, debían ser brutalmente asesinadas… por exigencias del «bien común».

—¡No lo haré! —dijo en voz alta, con una nota de desesperación desgarradora.

Había hecho caso omiso de todas las cartas, de todas las advertencias y de las visitas que se le habían hecho, con ánimo de convencerle.

Estaba dispuesto a oponerse.

¿Convertirse en el mayor responsable de la Historia?

Porque, evidentemente, los que habían lanzado sus bombas termonucleares, los que impulsaron los proyectiles teledirigidos contra ciudades y pueblos, tenían, al menos, el motivo de una guerra declarada.

Pero él…

¿Qué podría decir a su hijo y éste a los suyos, para limpiar la mancha que caería irremisiblemente sobre todos los Templer que existiesen?

La puerta se abrió dulcemente.

Los pasos metálicos le hicieron volverse.

—¿Qué hay, Wilky?

El viejo robot se había detenido, como siempre, a una distancia respetuosa de su amo.

—Tiene usted visita, señor Templer.

Las cejas del hombre se enarcaron.

—¡Ya sabes que no quiero recibir a nadie!

—La señora le ruega que vaya, señor; se trata del señor Larson.

Toda la dureza que expresaba el rostro de Templer desapareció como

por ensalmo. Y una sonrisa sincera entreabrió ligeramente sus labios, al tiempo que la luz de sus ojos perdía su contrariado color mate.

—Vamos, Wilky.

El robot se hizo a un lado y Templer salió del laboratorio, sin cerrar la puerta, cosa de la que se encargó el robot, que poseía las llaves de todas las habitaciones de la casa.

Atravesando un largo pasillo —el laboratorio estaba situado en la parte posterior del edificio—, llegaron al antesalón, dejando a un lado la habitación del pequeño Thomas, que estaba en el colegio y pasaron al «living», ante cuya puerta se detuvo Templer antes de abrirla.

«¡El viejo Larson!», se dijo, acentuando su sonrisa, al tiempo que abría la puerta.

Y estaba allí.

Charles se fijó, antes que en nada, en su cabellera rojiza, en la amplia frente sembrada de pecas marrones y en la nariz aguileña, que era como la proa de un navío, que precediese al rostro en su avance.

—¡Charles!

Se abrazaron, bajo la sonrisa de la mujer de Templer, que estaba sentada en uno de los sillones.

—¡Es un verdadero milagro verte por aquí! —exclamó Charles, una vez hubo tomado asiento al lado de su amigo—. ¿Cuánto tiempo hacía que no venías a vernos?

—Tres años.

—¿Y no te da vergüenza?

El otro sonrió débilmente.

—Verás, Charles; justamente estaba diciéndoselo a Carol. ¿Recuerdas al profesor Opperheim?

—¿Al viejo profesor de Física? ¡Claro que le recuerdo! Y no de muy buena manera. Esperaba que me diese una buena nota y me concedió un aprobado a secas.

—A mí me dio premio extraordinario.

—Ya lo recuerdo; pero tampoco he olvidado que tú eras el único en resistirle y entenderle. ¡Ninguno de nosotros quiso jamás ayudarle en su laboratorio! ¿No estaba un poco loco, Harry?

El rostro de Larson se ensombreció.

—Sí, eso me pareció a mí cuando estudié con él. Después, mucho después, me llamó y me nombró su ayudante.

—¿Se acordó de ti?

—Obligadamente. Nadie quería trabajar con él y pasó años y años completamente solo…

—¡Pobre hombre! —exclamó Carol.

Harry la miró y asintió con la cabeza.

—No podéis imaginaros hasta dónde era desdichado el viejo profesor. Es verdad que su carácter no era cómodo y que se pasaba el día gruñendo, como un viejo oso. Así le llamábamos, ¿recuerdas?

—Sí.

—Pero, cuando pasados los primeros meses a su lado, lo fui conociendo mejor, pude darme cuenta de que todos nosotros estábamos terriblemente equivocados.

Se detuvo para encender el cigarrillo que le tendía Charles.

— Sus dos hijos —prosiguió, al cabo de unos instantes — formaban parte de la expedición del «Eagle».

—¿El cohete que desapareció camino de Venus?

—Sí. Muchas veces, cuando casi había llegado la madrugada y estábamos trabajando en su laboratorio, me contaba la misma historia, como si se tratase de lo que, en realidad, era para él; una obsesión que lo acompañaría hasta la tumba.

»Sólo sus hijos conocieron, antes de irse, la verdad sobre las investigaciones del viejo Opperheim. Y si aquellas cosas salieron de su boca, fue con el ansia espantosa de retener a sus hijos… PORQUE EL SABIA QUE IBAN A LA MUERTE…

Charles frunció el entrecejo.

—¿Que él sabía que iban a la muerte?

—Sí; lo sabía. Verdad es que sus seguridades no eran completas, porque sus investigaciones no habían llegado a darle los perfectos resultados que esperaba; pero él lo sabía. Y ellos se rieron y no le escucharon...

Hubo una nueva pausa.

—Intentó convencerlos de todas las maneras; pero a sus hijos les pasaba un poco lo que a nosotros, sus alumnos; no le creíamos. Nadie, quizá con mi sola excepción, creyó jamás al profesor. ¿No es verdad?

—Sí. Era un hombre demasiado parco en sus explicaciones para que le consideráramos un sabio. Estábamos acostumbrados a los otros profesores, todos ellos brillantes, llenos de ideas nuevas que, a nuestra edad, eran como un acicate estupendo, como una visión de un futuro mejor...

—Eso es lo que yo pensaba también, en aquella época. De todos modos y como os he dicho antes, me pareció ver en aquel hombre la chispa del genio. Por eso fui el único que me presté a trabajar, durante los cursos, en su laboratorio.

»Más tarde, cuando lo entendí, cuando, después de ganar toda su confianza, me mostró lo que había hecho, tuve que inclinarme ante él como ante algo maravilloso, como ante uno de los más brillantes sabios, quizá el mejor, de todos los que la humanidad ha conocido en este último siglo.

—¡Me dejas con la boca abierta, Harry! Nunca hubiese creído...

—Yo tampoco. A su muerte, falleció hace unos meses, me dejó todo lo que había hecho.

—¿En qué se ocupaba?

—En el proyecto más fantástico que imaginarte puedas; construyó una máquina del tiempo.

El matrimonio se quedó sorprendido.

—¿Eh? —se asombró Templer.

—No me crees, ¿verdad? Lo esperaba. A mí me ocurrió lo mismo; pero cuando pude comprobar personalmente que todo aquello era algo más

que palabras, me rendí mansamente a la evidencia.

Templer sonrió.

—¡La máquina del tiempo! —exclamó—. Durante la Edad Media, los sabios, falsos o verdaderos, buscaron afanosamente la piedra filosofal; querían fabricar oro, a expensas de otros minerales de escaso valor... ¡Un sueño de locos!

—Que se realizó más tarde, al lograrse la transmutación de los elementos.

—Es verdad; pero no como soñaban aquellos pobres. Con la máquina del tiempo sucederá So mismo.

—¿Es que no me crees?

—Me cuesta hacerlo, Harry; esa es la verdad.

Larson sonrió.

—Puedes creerme, Templer. Yo he viajado en el tiempo y he experimentado al hacerlo en un sentido, algo que desearía no explicar ahora.

—¿Por qué no?

—Porque, de una manera no muy clara, he visto mi propia muerte.

—¡Tonterías!

—Te aseguro que es verdad. La máquina del profesor Opperheim no está aún perfeccionada en su totalidad. Hay cosas que, tanto a él como a mí, que prosigo los estudios arduamente, se nos han escapado; pero la máquina funciona. Y no de ahora; cuando los hijos del profesor anunciaron a su padre que se iban con el «Eagle», el anciano viajó al futuro y supo así, sin ninguna clase de dudas, que iban a morir. Por desgracia, no pudo evitarlo.

—Me concederás, al menos, que todo eso es muy extraño.

—Sí.

—Y hasta increíble...

—También. Pero, al mismo tiempo, es cierto.

Charles miró a su esposa, profundamente, como si quisiese que ella leyese sus pensamientos; después, volviéndose hacia su amigo, preguntó:

—¿Has viajado por el futuro?

—Sí.

—¿Qué pasará?

Harry se puso inmediatamente nervioso. Se frotó las manos y en lo alto de su amplia frente, junto a sus rojizos cabellos, aparecieron unas pequeñas gotas de sudor.

—Preferiría no hablar de eso, Charles; pero, de todos modos, he de decirte, como única información que puedo darte, que la Humanidad va por un camino muy malo, pésimo.

Templer volvió a mirar a su esposa, rápida y fugazmente.

—De eso tengo una certeza completa, sin necesidad de ninguna máquina.

Larson no dijo nada, limitándose a asentir con un gesto de la cabeza.

Después de un largo silencio, su rostro dejó la tensión y sonriendo preguntó:

—¿Y qué haces tú ahora, Templer?

—Lo de siempre.

—Has llegado a ser un hombre verdaderamente famoso y de los pocos que han hecho algo positivo y real por el bien de los hombres.

Templer se encogió de hombros.

—A veces lo dudo — no pudo por menos de decir.

—No debes preocuparte tanto.

Charles le miró fijamente.

—¿Qué sabes tú de mis preocupaciones, Harry?

—Nada. Acabo de decir una frase vacía y...

La entrada del robot, que llevaba una bandeja con vasos y bebidas, cortó súbitamente la frase de Larson.

—Los licores, señor —anunció Wilky.

—Sírvelos. —Y volviéndose hacia Harry, preguntó—: Te quedarás unos días con nosotros, ¿verdad?

—No. Debo regresar a Nueva York inmediatamente. He venido a veros porque deseaba hacerlo ardientemente.

Bebió lo que el robot acababa de servirle y después de una corta charla, sobre motivos intrascendentes y banales, se levantó.

—Amigos míos, he de irme.

—¿No vas a esperar, por lo menos, a que Thomas vuelva del colegio? El pequeño se alegrará de verte.

—Créeme que lo siento, Charles; pero tengo billete para el avión de dentro de diez minutos. Alquilé un coche en el espaciódromo.

—Como quieras.

Harry estrechó la mano de Carol y salió, seguido de su amigo, hacia el porche. Allí, el visitante se detuvo un instante.

ES jardín era amplio y Larson lanzó una mirada semicircular, maravillado de la belleza conseguida en aquel lugar.

Algunos robots de tipo moderno, arreglaban las flores y cortaban la hierba, empujando las modernas máquinas. Otro, más lejos, regaba las plantas que formaban el muro que separaba la propiedad de la calle.

—Un lugar verdaderamente maravilloso —dijo.

—¿Te gusta?

—Mucho. No sabes todo el acierto que tuviste al huir de la ciudad. Allí, la vida es cada vez más tremendamente insufrible.

—Lo supongo. ¿Y puedes trabajar en aquel ambiente?

El otro se encogió de hombros:

—¿Qué quieres que haga? Las instalaciones del viejo estaban montadas de tal manera, que sería dificilísimo desmontarlas ahora.

Además, hasta que el Gobierno se percate de la importancia de mis trabajos…

—¿Lo sabe ya?

—Tuve que declararlos, para no estar fuera de la Ley. Vinieron unos inspectores, pero no dieron mucho crédito a todo aquello. Cosa de la que, sinceramente, me alegro.

Habían atravesado el jardín y llegaban ya junto al lugar donde el joven físico había aparcado su vehículo.

—Aquí tienes mi dirección, Charles; consérvala. Estoy seguro de que vendrás a verme en cuanto tengas un rato libre.

—Iremos todos; te lo prometo.

—Ya sabes que estoy a tu disposición para lo que desees. Y, además, aunque te parezcan misteriosas mis palabras, estoy de acuerdo contigo. Completamente de acuerdo.

Y, antes que Templer pudiese objetar algo, subió velozmente al coche, lo puso en marcha y desapareció tras los árboles que formaban la entrada de la mansión.

CAPÍTULO II

El viejo robot había demostrado, en muchas ocasiones, un «estado de ánimo» que, aunque siendo puramente electrónico, poseía rasgos de una especie de bondad imposible de concebir en una máquina.

Era la costumbre de verlo siempre dispuesto, silencioso, obediente hasta lo imposible, lo que hacía que los Templer lo considerasen como algo completamente distinto a los otros robots.

Además, Wilky se había encargado, desde siempre, del pequeño Thomas y el niño lo trataba como a un amigo. Wilky iba a buscarlo y a llevarlo al colegio, conduciendo el coche de la señora como ésta no lo hubiese hecho jamás.

Charles entraba en aquel momento en la sala.

Marido y mujer se miraron unos instantes; después, él se le acercó, cogiéndola amorosamente por la cintura.

—¡Querida!

—Estás nervioso, Charles.

Fueron hacia el sillón doble y se sentaron el uno al lado del otro, con las manos cogidas.

—Tú también estás nerviosa, Carol.

—Es verdad.

Después de un corto silencio, preguntó él:

—¿Qué te ha parecido Harry?

—Tan encantador como siempre.

—¿Nada… más?

Ella levantó sus bellos ojos azules, que él amaba tanto.

—¿Qué quieres decir?

—Que le he encontrado bastante extraño. Nunca fue así. Larson fue siempre un muchacho muy jovial.

—Puede ser que sus trabajos…

—A eso me refiero, precisamente, Carol. Todo lo que ha dicho me ha extrañado muchísimo. Y cuando, al despedirse, me ha afirmado que estaba de acuerdo conmigo, me ha hundido, verdaderamente, en un mar de confusiones.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí. Y antes que pudiera hacerle una sola pregunta, la que me interesaba sobremanera, ya se había ¡do.

—¿Qué querías preguntarle, Charles?

El se mordió los labios, como si le pesase haber dicho demasiado; pero la mirada de Carol era tan límpida como siempre, a no ser que sus cejas se arqueasen un poco más que de costumbre, demostrando que estaba preocupada.

—No lo sé bien, querida. Ya te he dicho que la visita de nuestro amigo me ha turbado mucho… De todas formas, parecía saber algo.

—No te entiendo.

—¿Te diste cuenta de cómo hablaba de su viaje al futuro? No quiso decir nada, o casi nada; sin embargo, entre sus pocas palabras, me pareció presentir que está enterado de lo que pueda ocurrir a los pobres «mutantes».

—¿Cómo, crees que ha viajado por el futuro?

—Estoy completamente convencido de ello.

—¡Pero eso es fantástico!

—Sí que lo es…

Y después de una pausa, se extrañó:

—¿Por qué no me diría lo que iba a pasar? Hubiese terminado con todas mis preocupaciones.

Ella le pasó la mano por los cabellos.

—Ha hecho bien en no decirlo, Charles. En el momento en que el futuro nos sea revelado, la vida cambiará tan profundamente, que habrá muchas cosas, sagradas hoy, que se derrumbarán estrepitosamente.

—Ya lo sé, Carol; pero Harry es nuestro amigo de siempre y podía haberme dicho lo que va a ocurrir.

—¿No lo sabes tú ya, Charles?

El tono de las palabras de Carol le hizo fruncir la frente.

—Tienes razón, querida. Sé, estoy seguro, de que jamás haré lo que me han mandado.

Wilky apareció en aquel momento.

—Un caballero desea verle, señor Templer.

—¿Quién es?

—Inspector Fermont, del Gobierno.

—¡No lo recibiré! ¡Dile que no estoy en casa!

Pero Carol intervino, antes de que el robot se hubiese movido de su sitio.

—Debes recibirle, querido. Un inspector del Gobierno no es una carta que puede dejarse sin abrir sobre el despacho, ni una comunicación que se corta a voluntad…

Templer cerró los puños; después, entre dientes dijo:

—Está bien, Carol; puede que tengas razón. Pero, de todos modos, ese hombre, habrá perdido lastimosamente el tiempo. ¡Hazle pasar a mi despacho, Wilky!

Momentos más tarde Charles penetraba a su vez en el despacho.

Un hombre alto, enjuto, de rasgos que parecían haber sido tallados al cincel, estaba de pie, junto a la mesa. Al volver el rostro hacia la puerta Charles vio un par de ojos grises, fríos, penetrantes, que parecían poseer aristas de silex.

—¿Profesor Templer?

—Sí.

Charles no extendió la mano, para no crear equívocos en aquella entrevista, que, a su juicio, iba a ser tan corta como improductiva; pero el otro no se alteró por tan visible falta de cortesía.

—Soy el inspector Fermont, del Gobierno del Planeta. Aquí están mis credenciales.

—No hace falta que las exhiba.

—Como usted quiera. ¿Puedo sentarme?

—Se lo ruego.

Templer se sentó al otro lado de la mesa, y después de ofrecer a su visitante un cigarrillo, que le fue rechazado con una sonrisa, encendió el suyo.

—Usted dirá, señor Fermont.

El otro carraspeó antes de empezar.

—Crea, profesor, que no es ésta una de las misiones que se hacen con gusto. No sabe cuánto lamento que su actitud negativa me haya obligado a venir a verle.

—¿Considera usted actitud negativa el no querer convertirse en un asesino colectivo?

—Creo que exagera usted las cosas; las infla demasiado, profesor.

—Yo no soy de su opinión.

—Eso ya lo sé. Además, mi opinión no cuenta absolutamente nada, ya que yo expreso los deseos.., las órdenes del Gobierno.

Hubo una pausa.

—Profesor, usted es una excelente persona y el Gobierno lo admira mucho más de lo que usted puede creer; sin embargo, desea que reflexione, ya que el problema, que sigue planteado por su culpa, lo trae de cabeza.

»EI aumento de población en este lado del mundo y la necesidad, por otra parte, de utilizar las riquezas del suelo europeo, hacen que tengamos que convertir aquel continente en algo que merezca la pena, borrando todo lo que allí significa primitivismo, monstruosidad...

—¿Por qué no los destruyen ustedes de otra forma? ¿Por qué no utilizan bombas o soldados y los hacen desaparecer en unas pocas horas?

—Si se hubiese podido hacer no se le hubiera molestado para nada, profesor.

—No comprendo, por qué no se hace.

—Muy fácilmente. Hay muchas cosas, de gran valor, que han quedado en la vieja Europa. Con un bombardeo masivo, además de no poder destruir a todos los «mutantes» correríamos el peligro de acabar con cosas que deseamos encontrar y conservar; por otra parte, no podemos en modo alguno utilizar a soldados, ya que éstos podrían compadecerse de los monstruos, que no se defenderían contra ellos, y crear problemas graves al Estado Mayor. ¿Me entiende ahora?

Templer no contestó.

—En cambio —prosiguió diciendo Fermont—, un bombardeo de

gérmenes perfectamente determinados terminaría con esas desgraciadas criaturas, pudiéndose realizar la limpieza de Europa inmediatamente después de regar aquella tierra con alguna de las sustancias microbicidas que usted ha inventado. ¿No lo encuentra lógico?

—Perfectamente lógico… para ustedes; pero, señor mío, ¿dónde queda mi conciencia en todo esto?

El inspector sonrió levemente.

—La conciencia, profesor, cuando se trata del bien común, no cuenta para nada.

—No estoy de acuerdo. Yo estoy dispuesto a darlo todo por el bien común, hasta la vida si fuese preciso… pero no moveré un solo dedo por el «mal común».

—No lo entiendo.

—Pues está clarísimo, señor mío. Todo lo que se me pide es «ayudar a matar a varios millones de seres», por los que no se ha hecho absolutamente nada hasta ahora. Nadie se acordó de ellos, ni los consideró como lo que son; como desgraciados enfermos que, en muchos casos, hubiesen tenido cura.

El otro se encogió de hombros.

—Todo eso son hipótesis más o menos gratuitas, profesor. Bien sabe usted que la radiactividad que había sobre Europa y cuya intensidad se midió en muchas ocasiones, hacía imposible toda presencia humana en aquellos parajes.

—¿Y no son humanos los «mutantes»?

—Relativamente, profesor, relativamente. También eran humanos los leprosos en el alba de la Historia y como se carecía de medios terapéuticos para combatir su horrible mal se les aislaba… o se los suprimía.

—No es lo mismo. Ahora hay, de eso estoy mucho más seguro que usted, medios para librar de su enfermedad a muchos de esos desdichados; eso no quiere decir que no los haya completamente incurables; pero a estos últimos, como usted ha dicho ahora mismo, se les podía aislar.

—Demasiadas complicaciones, señor Templer. Tenemos mucha prisa y no podemos realizar una labor que, por otro lado, desagradaría a un gran sector de la población humana.

»Hemos conseguido escapar de los terribles efectos de las bombas termonucleares. Nuestra raza humana es ahora fuerte, sana y vigorosa, en parte gracias a sus descubrimientos sensacionales, profesor. Todos le estamos profundamente agradecidos…

»Pero ¿supone lo que ocurriría si la población sana del planeta viese, contemplase, a esos seres horribles que son los «mutantes»? Usted sabe mucho mejor que yo los «shocks» psíquicos que producen esas visiones de horror. ¿Para qué complicar neciamente las cosas cuando podemos, como se dice; hacer borrón y cuenta nueva?

—¡Bonita manera de definir el asesinato!

Fermont lanzó un suspiro.

—Tendrá usted que hacerlo, señor Templer.

Charles le miró fijamente.

—¿Es una amenaza?

—No es una amenaza; es una orden…

—… que no pienso cumplir, inspector.

Este se levantó. El brillo de sus acerados ojos se había intensificado.

—Lo lamento.

Fue entonces cuando la puerta se abrió y Carol, que debía haber permanecido al otro lado, escuchando la conversación, entró.

—Es la hora de que Wilky vaya a buscar al niño, Charles. —Y dirigiéndose al inspector—: Buenos días, señor.

El se inclinó solemnemente.

—Buenos días, señora.

Evidentemente Carol había querido interrumpir aquella entrevista que sabía dañaba profundamente al espíritu de su esposo.

—¿Decías, querida? — inquirió éste, alejado de realidad.

—Que es hora de que Wilky vaya a buscar a Thomas...

—Está bien, mándalo.

Fue entonces cuando la voz del inspector sonó hoscamente:

—NO SE MOLESTEN; THOMAS NO ESTA EN EL COLEGIO.

Era una sorpresa demasiado grande para que reaccionasen rápidamente; así, sin poderlo evitar, se quedaron mirando, con los ojos desmesuradamente abiertos, a aquel hombre.

Templer reaccionó el primero.

—¿Qué ha querido decir usted?

Pero antes de que el inspector contestase, la voz de Carol, en un tono alto, rayando el histerismo, sonó:

—¿Dónde está mi hijo? ¿Qué le han hecho a Thomas?

Charles se acercó a ella y cogiéndola entre sus brazos aconsejó:

—Cálmate, querida.

Después, dirigiéndose al otro, en el que clavó su mirada, preguntó:

—¿Qué pasa con nuestro hijo?

El inspector recitó, con voz cansada, inexpresiva y monótona:

—Artículo 123 del Reglamento de Ciudadanía: «Cuando, por alguna causa, se procede contra la seguridad mundial del Gobierno del Planeta éste está en su derecho de sacar a los hijos o protegidos de los encartados, alejándolos de la nociva influencia de sus padres o tutores. Los niños pasarán seguidamente a un Instituto Mental, donde se les borrarán todos los engramas de recuerdos familiares, siendo destinados a centros de enseñanza, donde podrán convertirse en seres aptos para la comunidad...»

Hubo un largo, un larguísimo silencio que nadie violaba.

Con los labios apretados, Charles contemplaba a aquel hombre, que para él representaba el «poder», el poder tiránico de aquella civilización descabellada.

—¿Se lo han... llevado? —inquirió finalmente, con voz ronca.

—Por el momento se halla en un centro de selección. Todo depende de...

Los ojos de Charles parecieron lanzar llamas.

—¡¡Fuera de aquí, bandido!! ¡¡No lograrán nada, a pesar de todas sus canalladas!! ¡¡Fuera!!

El inspector asintió con un gesto de cabeza.

—Está bien; espero que reflexionará usted, señora Templer. ..

—¡¡Fuera de aquí!! —aulló al bacteriólogo.

CAPÍTULO III

Se había refugiado en su laboratorio y ordenó a Wilky que le colocase una cama allí.

Era incapaz de verse con Carol.

En aquellas pocas horas, presa de la más horrible angustia que había experimentado jamás, parecía haber envejecido veinte años y su mirada expresaba todo el horrible cansancio que sentía, como el peso de una losa sobre el alma.

¡Su hijo!

Prefería no pensar en ello, ya que el hacerlo le volvía loco.

¿Cómo no había pensado antes en que se servirían del pequeño para obligarle, para someterle cobardemente?

Y esperaban, ¡los muy canallas!, que se doblegase a sus caprichos y que, volviendo a reproducir los microbios que ellos necesitaban, preparase la muerte de todos los «imitantes» europeos.

Lanzó una carcajada estruendosa.

¡Si ellos supieran que había «destruido todas las cepas» y que ya no quedaba ni un solo ejemplar de aquellos asesinos microscópicos, a

cuya destrucción había dedicado su vida!

Así era, en efecto.

Ni su misma esposa sabía nada de aquel rasgo, que había cumplido tranquila y fríamente, cuando supo lo que el Gobierno le pedía.

Había destruido las cepas que conservaba, librándose así de la posibilidad de ceder, como hubiese hecho ahora pensando en el dolor de la madre de Thomas, de Carol.

Wilky acababa de abrir silenciosamente la puerta.

—¿Qué hay? —inquirió Charles.

—Le llaman al visófono, señor.

—Voy.

¿Qué le importaba ya todo So demás?

Pasó a su despacho.

La pantalla estaba ya iluminada y el rostro odiado del inspector se recortaba sobre el fondo grisáceo de una estancia desconocida.

Desde la pantalla, Fermont le siguió con los ojos, con aquellos ojos cortantes como cuchillos afilados.

—¿Se ha serenado ya, profesor?

Templer lo miró detenidamente, preguntándose hasta dónde podría llegar la maldad de aquel hombre, escondida bajo la frase vacía de «cumplimiento del deber».

—Sí.

—¿Obedecerá entonces?

Una sonrisa de desprecio apareció en los labios del sabio.

—No.

El otro guardó silencio, frunciendo el entrecejo.

—Tendremos que aplicar el artículo 243, profesor.

Este se encogió de hombros.

—He de recordarle, señor Templer, que ese artículo le privará de la presencia de su esposa.

—¡¡No!!

La voz surgió ronca, desesperada, como el grito de una bestia herida en lo más íntimo.

—Sí, profesor. Piénselo. Le damos de plazo hasta mañana a esta hora. Si se decide a obedecer las órdenes del Gobierno, su hijo le será devuelto y su esposa seguirá en su casa, a su lado. Si no...No era necesario que la voz del inspector tomase aquel tono amenazador; las palabras eran suficientemente explícitas.

Y la imagen se difuminó al ser cortada la comunicación al otro lado.

Sin embargo Templer se quedó con la mirada fija en la pantalla, como si el rostro de Fermont siguiese allí, como si sus ojos acerados continuasen brillando sobre el fondo mate de la estancia donde se hallaba.

Su mente empezó a trabajar velozmente, ya que él sabía que «no podía obedecer porque había destruido las cepas de los «microorganismos» y que no existían otros en la Tierra.

—¡¡¡Carol!!!

Salió el grito de su garganta, lleno de dolor.

Abandonando prestamente el despacho, corrió como un loco hasta penetrar en tromba en la habitación de su esposa.

Ella estaba allí, sentada, con la mirada perdida en el vacío.

—¡Carol!

Se arrodilló a su lado, abrazándose a sus piernas y dando rienda suelta al llanto que le ahogaba.

Ella le pasó la mano dulcemente por los cabellos.

—Charles...

El levantó la cabeza, mirándola fijamente, hundiéndose en aquellos hermosos ojos azules, que en todos los momentos habían sido para él como un rincón de remanso donde había reposado cuando el cerebro le ardía.

—He sido un canalla, querida.

—¿Por qué dices eso?

—¡Destruí las cepas!

Ella le sonrió, triste pero firmemente.

—Lo sabía, querido.

—¿Cómo?

—Sí. Entré en tu laboratorio y vi que todos los tubos del armario negro habían desaparecido.

—¿Te diste cuenta entonces?

—Sí.

Hubo un corto silencio.

—¿Y sabes lo que eso significa, Carol?

Ella asintió con la cabeza. —Sí, amor mío. Significa que Thomas no volverá jamás con nosotros.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la mujer; pero la luz de sus ojos seguía siendo tan obstinada como siempre.

--Prefiero que nuestro hijito nos olvide, que ignore quiénes fueron sus padres, a que tenga que avergonzarse de ellos.

—¡Qué buena eres!

—No quiero que te conviertas en un asesino, Charles amado...

—Yo tampoco.

—Mientras esté a tu lado, sabiéndote tan bueno como siempre lo fuiste, nada me importará.

El se mordió los labios, con unas palabras que se los quemaban y que, finalmente, tuvo que decir:

—Ese inspector me ha llamado hace unos minutos.

—¡Canalla!

—Me ha dicho que vendrán por ti.

Los ojos de ella se abrieron desmesuradamente.

—¡No!

El asintió, tristemente, sin poder dejar de mirar los ojos azules de su esposa.

—¡Me mataré!

—No, querida; tendremos que huir. Eso es todo.

—¿Huir? ¿Dónde?

—No lo sé aún. Tenemos hasta mañana.

Y se quedaron en silencio, sin romperlo, hasta que Wilky apareció en el umbral.

—La comida está servida, señora.

* * *

Nunca habían pasado una noche como aquélla. Ni en los lejanos tiempos de la guerra, diez años antes, cuando esperaban, en el silencio medroso de la urbe, la llegada de algún proyectil teledirigido enemigo que, saltándose la barrera ? defensiva, llegase hasta ellos, con el ulular de un irrevocable ; aviso de muerte.

¿Huir?

¿Dónde?

Habían servido demasiado las experiencias anteriores para que los hombres se olvidasen de hacer la red más densa cada vez, menos perforable. Por otra parte, las máquinas y los cerebros electrónicos habían dado el último giro a la llave de la Prisión-Tierra, de la que nadie, a menos de ser completamente invisible, podía escapar.

Eso era el Planeta; se había convertido en una inmensa prisión de la que no era posible escapar.

De haberlo pensado antes hubiese sido preferible huir a Europa, entre los «mutantes», que, a pesar de su aspecto monstruoso, era posible que guardasen un poco de corazón…

No dejaría que le robasen a Carol.

Aunque le enviasen un escuadrón de robots-policías, aunque perdiese la vida en el empeño. Le habían quitado a Thomas y nada podía hacer por el pequeño, aunque estaba completamente seguro de que nada le pasaría, salvo quitarle los recuerdos y hacerle olvidar todo nexo con sus verdaderos padres.

Pero Carol era diferente.

Carol significaba parte de su vida, su misma existencia, algo de lo que no podría prescindir, como si deseasen arrancarle el corazón y querer que después siguiese viviendo.

Ella estaba en el lecho, dormida o aplastada por el cansancio y la emoción que le habían hecho llorar durante todo el día. El, junto a la ventana, contemplaba la tranquilidad de la noche estrellada, como si desease afianzarse a una de aquellas luces que tachonaban el firmamento, queriendo escapar del recinto cerrado de la Tierra.

¿Cuándo conseguirían los hombres salir del Sistema Solar, escapar a las estrellas y tomar contacto con el infinito?

Tiempos que tardarían en venir; tiempos del futuro, en el que…

¡¡¡Futuro!!!

¡¡¡Tiempo!!!

De repente, casi sin darse cuenta, la imagen de Harry

Larson estuvo a su lado, sentada en un sillón vecino, como si fuese real.

—Tú puedes hacer algo por mí, Larson —dijo para sí.

Estaba seguro de que aquella imagen, que su imaginación había creado, no le contestaría. Por eso prosiguió:

—Tú puedes salvarnos, amigo mío… ¡Ahora recuerdo tantas cosas!

Y buscó afanosamente la tarjeta que su amigo le había dado. Allí estaba su dirección en Nueva York.

Despertó a Carol.

La mujer abrió los ojos y miró sorprendida a su esposo.

—¿Qué ocurre, querido?

—¡Vístete en seguida, Carol!

—¿Dónde vamos?

—A Nueva York. Voy a preparar el helicóptero. Te esperaré en la parte trasera de la casa.

Salió corriendo, y quince minutos más tarde ya tenía el aparato dispuesto en el patio posterior. Al ver que su esposa no salía aún entró nuevamente en la casa.

Carol estaba preparada.

—¿Ya estás, querida?

—Sí.

Se encaminaron hacia la salida.

—¿Se van los señores?

Se volvieron al unísono, encontrándose ante el viejo robot, cuyos ojos electrónicos brillaban desmesuradamente.

Charles se acercó a la máquina. Su voz tenía raras inflexiones cuando dijo:

—Sí, nos vamos, viejo Wilky.

—Tardarán mucho en volver, ¿verdad?

Templer enarcó las cejas.

—¿Qué sabes tú de eso, Wilky?

—Es verdad, señor. Yo no sé nada.

—Cuida de la casa, amigo. Y no digas a nadie lo que puedas saber. Porque —le miró fijamente a los ojos electrónicos—, no sé por qué, pero sospecho que sabes demasiadas cosas.

El robot no dijo nada.

Momentos más tarde el helicóptero se remontaba en el aire de la noche.

En el patio, el viejo Wilky levantó su cuadrada cabeza, siguiendo el vuelo del pájaro de acero.

Después entró nuevamente en la casa y fue hasta la habitación que los amos acababan de abandonar. Lentamente, sin prisas, empezó a deshacer la cama que Carol había usado.

Un poco más tarde, cuando se inclinaba para arreglar el embozo de la cama, como si sus propietarios fueran a volver momentos más tarde, su mirada tropezó con la cartulina que había sobre la alfombra.

Era la tarjeta de Harry Larson.

Cogiéndola entre sus dedos metálicos la contempló largo rato. Luego salió de la alcoba y fue hasta el salón, donde, acercándose a la chimenea, tiró el trozo de cartulina, cuyo contenido quedaba grabado para siempre en su cerebro electrónico.

* * *

Harry abrió la puerta.

En su rostro nada demostró la menor sorpresa. Sonriendo, se hizo a un lado, dejando que sus dos amigos pasasen.

El «living» era amplio y amueblado con gusto. x Ellos se sentaron en un confortable diván, junto a una chimenea electrónica, que imitaba perfectamente el crujir de las inexistentes ramas secas.

—Hemos venido... —empezó Templer.

—Ya lo sé.

—¿Que sabes a qué hemos venido?

—Sí.

Charles y Carol se miraron.

—No debe extrañaros. Ya os dije que había hecho alguna incursión al

futuro...

—Es verdad.

—Por eso fui a veros. Sabía que ibais a necesitarme de un momento a otro. Y no podía abandonaros.

—¿Entonces lo sabes todo?

—Todo.

—¡Nos han robado a Thomas! —exclamó la madre, don un acento desgarrador en la voz.

—Lo sabía. Lo supe hace días. Por eso no quise esperar a que Thomas volviese del colegio: «porque sabía que no iba a volver».

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—¿Qué hubiésemos ganado con ello? Cuando yo llegué a

tu casa ya se lo habían llevado al centro de selección.

—Acabas de decir que lo sabías «antes».

El rostro de Larson se ensombreció.

—Sí, lo sabía mucho antes; pero no podía hacer nada, «porque ya conocía perfectamente» lo que iba a pasar.

—¿Hasta nuestra llegada aquí?

—Sí.

Hubo una nueva pausa.

—Has venido, Charles, a escapar hacia el futuro... y te equivocas.

—¿No vas a ayudarnos?

—¡Nunca dejaría de hacerlo! Pero no podéis ir hacia el futuro. La máquina funciona, en ese sentido, bastante mal...

—Entonces...

—No os queda más que el pasado. Vosotros elegiréis la época. Y hay que darse prisa. El inspector Fermont no tardará en saber que habéis estado aquí.

—Creo que nadie nos ha visto.

Harry sonrió.

—Vuestra casa estaba ya rodeada, cuando yo fui, de una red de rayos infrarrojos. En el momento en que has puesto el motor del helicóptero en marcha Fermont ha sabido dónde ibas. Un hilo de radar te habrá seguido hasta aquí.

—¡Maldito!

—Pasemos al laboratorio.

Contra lo que esperaba Templer, el laboratorio no era más que una estancia semivacía, con una especie de campánula de cristal en el centro.

—¿Es ésa la máquina del tiempo?

—Sí.

—Yo creía…

—Calla.

Guardaron silencio.

Un rumor que llegaba del cielo se acercaba rápidamente.

—Un helicóptero policial —dijo Larson.

—¿Fermont?

—Sí.

—¡No ha tardado en encontrarnos!

—Ya lo ves. Entrad ahí dentro. Charles.

—¿Qué quieres?

—¿A qué época os envío?

—Principios del XX… ¿Qué te parece?

—Lo que tú desees.

Entraron en la campánula después de estrechar la mano de Larson.

Este, visiblemente nervioso, manejaba una serie de aparatos situados en un rincón de la estancia.

Merced a un micrófono instalado en el interior de la campánula pudieron oír su voz.

—Voy a enviaros a un punto más a! centro del país. Lo más desierto posible.

—¿Por qué?

—Porque, si os dejase en plena ciudad, la gente se extrañaría de vuestra manera de vestir.

Un rumor gigantesco se oyó fuera, sobre la terraza de la casa. Corriendo, Harry se precipitó hacia la palanca que iba a lanzar a sus dos amigos hacia el pasado. Su mano se afianzó a ella, lanzando una mirada al cuadrante donde estaban marcadas las cifras de los años.

Se abrió la puerta.

—¡Alto!

Fermont estaba allí, con una pistola en la mano.

—¡Alto, Templer!

Entonces vio a Harry.

Disparó y la bala hizo estallar la cabeza del joven.

La mano, tirada por el peso del cuerpo, echó la palanca hacia abajo. Y después de los miles novecientos llegó al siglo anterior, deteniéndose, al abrirse los dedos, en 1890…

CAPÍTULO IV

Cuando abrieron los ojos estaba amaneciendo.

El paisaje que los rodeaba les era completamente desconocido y ambos, él y ella, permanecieron largo rato en silencio, contemplando

las montañas lejanas, los árboles cercanos y, entre ambos, algo que parecía un ancho camino, en el que la brisa matutina empezaba a levantar remolinos de polvo.

Luego, se miraron.

Ambos temían romper aquel mágico silencio que había a su alrededor y hasta en ellos mismos.

Finalmente, Charles alargó la mano, como si temiese que la imagen de Carol no fuese más que una locura como todo lo que había ocurrido. Y cogió la mano de su esposa entre la suya.

—Creo que hemos llegado, querida.

Ella asintió con un gesto antes de contestar.

—Sí. Hemos llegado, Charles.

Y sin soltarse de la mano empezaron a andar hacia el único punto que podía unirles con los demás hombres; el camino con sus remolinos de polvo. Al llegar a él lo contemplaron, a derecha e izquierda, sin ver nada que les llamase la atención.

Camino, sólo camino, por uno y otro lado, hasta que se confundía con el horizonte.

—Harry no se equivocó —dijo Charles de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo sabía todo. Y no le importó morir, tal como lo había previsto, para salvarnos.

—No creo que solamente pensase en nosotros.

—También lo creo yo, Carol. Pensó en los «mutantes».

Ella volvió el rostro para que él no viese la ansiedad que se reflejaba en él.

—¿Crees que podremos vivir en este mundo?

—No te entiendo.

—Vi que la palanca que manejaba el pobre Larson bajaba bruscamente cuando se agarró a ella al ser herido de muerte.

—También lo vi yo.

—¿Y sabes lo que eso puede significar?

—Sí. Que hayamos retrocedió a una época a la que no deseábamos venir.

—No eso, Charles. Lo de la época es lo de menos.

—¿Entonces?

—Vi los ojos de aquel hombre mientras disparaba contra Larson. Y estoy segura de que vendrá a por nosotros.

—¡Eso es una locura! Nadie puede manejar la maquina del tiempo una vez desaparecido Harry.

—Dios te oiga.

Un ruido sobre el camino les hizo volver prestamente la cabeza, justo para ver, allá lejos, un coche de caballos que avanzaba velozmente. Charles, por un momento, pensó en plantarse en medio de la carretera; pero, al mirar a Carol y darse cuenta de las ropas que ésta llevaba, la hizo retroceder y ambos se ocultaron detrás de unos matojos que parecían blancos por el polvo que había caído sobre ellos.

—No podemos presentarnos así, querida.

Ella se miró a su vez la falda corta, el jersey fantasioso y el bolero bordado que llevaba sobre los hombros.

—Va a ser un problema nuestra ropa —dijo.

—Ya veremos — repuso él —. Todo depende de la época a que hayamos ido a parar. Fijémonos bien en el carruaje que va a pasar delante de nosotros.

Y esperaron.

Muy pronto el vozarrón del auriga llegó hasta ellos y poco después el vehículo pasaba por allí, medio envuelto en el polvo, pero lo bastante visible para que pudiesen calcular aproximadamente su diseño.

—¡Una diligencia!

—Sí —dijo él—. Debemos de haber llegado en el siglo XIX.

Carol rió nerviosamente.

—¡Tiene gracia!

—¿Qué te hace reír, querida?

—Todo. Nuestra huida y esta nueva vida que hemos de empezar en un mundo que, para nosotros, estaba completamente muerto. ¿Podremos lograrlo, Charles?

—¿Por qué no? Para nosotros el mundo que debe de estar definitivamente muerto es el que hemos abandonado voluntariamente. Es verdad que en él hemos dejado a nuestro hijo; pero, cuando nos acostumbremos a pensar que falta más de un siglo para que nazca, nuestro dolor será menor y llegaremos a pensar en él como en un hermoso sueño.

—¡Yo no podré llegar a eso jamás!

—Ya verás como sí, Carol. Tenemos que borrar para siempre ese tiempo de nuestras almas. Sé que parece absurdo, pero, en vez de hacer como todos los hombres, que se proponen olvidar su pasado, cuando se disponen a rehacer su vida, nosotros hemos de olvidar el futuro.

—Todo esto me parece una locura.

—Y lo es; al menos por ahora. Fíjate bien que acabamos de llegar, Carol. Pero cuando el tiempo pase, cuando nos hayamos adaptado a esta nueva vida, seremos como esos seres que acaban de pasar en la diligencia. Nos conviene olvidar, querida... Es nuestra mejor medicina.

Hubo un corto silencio.

—¿Y qué vamos a hacer? —inquirió ella con voz llena de dudas.

—Irnos de aquí hasta que encontremos a alguien. Verdad que no hemos traído dinero ni ropas adecuadas; pero tengo una idea: nos haremos pasar por cómicos que se han perdido. Y pagaremos con nuestro trabajo unas pocas prendas de vestir; las suficientes para pasar inadvertidos.

Empezaron a andar a lo largo del camino, hacia una dirección que les era completamente indiferente.

Más tarde, cuando el sol parecía llegar a su cénit, descubrieron una

serie de edificios y una extensión de terreno rodeada por alambres de espinos.

—Debe de ser un rancho —dijo Charles.

—¿Qué hacemos?

—Espera aquí. Ocúltate, ya que eres precisamente tú la que llamas más poderosamente la atención. Vendré en seguida.

—No tardes, Charles. Tengo miedo.

El la besó tiernamente.

—Todo se arreglará, querida; no temas.

* * *

Eliot Morrison encendió su pipa, y mientras lo hacía miró a sus dos hijos; a Frank, que, como él, iba vestido de vaquero, y a Dick, que, por el contrario, llevaba aún ropas de la ciudad.

El silencio duró todavía un rato.

—¿Y en todos los corrales de Chicago pasa lo mismo? — preguntó el padre, sin quitarse la pipa de la boca.

Dick asintió con un gesto antes de contestar.

—Sí, padre. Pero somos nosotros los que pagamos más cerca esa maldita epidemia, ya que somos los que más ganado llevamos a la ciudad.

Eliot tiró de su pipa y un humo denso le envolvió por un momento, haciendo que su rostro desapareciese por completo detrás de aquella cortina movediza.

—¿Cuántas reses han muerto?

—Seiscientas en la última semana. Ochenta en una sola noche.

Frank golpeó la mesa con el puño.

—Es demasiado, ¿no es verdad, padre?

Eliot no contestó.

—Si seguimos así —prosiguió diciendo el joven vestido de «cow-boy» — nos quedaremos sin animales y sin dinero.

—Sí que es lástima —se quejó el padre— que todos estos años de esfuerzo se vayan a paseo. ¿Y qué dicen los veterinarios de la ciudad, Dick?

El otro joven se encogió de hombros.

—¡Son unos inútiles, padre! No hacern más que decir palabras raras y hacer pruebas y más pruebas; pero sin ningún resultado.

Fuera un perro ladró rabiosamente.

Los tres hombres se volvieron hacia aquella dirección.

—Debe de acercarse alguien.

—Ve tú, Frank —dijo el padre.

El joven se levantó.

Era tan alto como su hermano, pero quizá más fuerte que él. Como el otro, tenía los cabellos rubios y unos ojos oscuros, sobre la piel morena del rostro.

Salió de la casa y avanzó por el amplio patio, dirigiéndose hacia la caseta de madera donde el perro, dando estirones frenéticos a la cadena, seguía ladrando desesperadamente.

—¡Cálmate, «León»! —dijo el joven, acariciando la cabeza del animal.

Entonces vio al hombre.

Estaba junto al porche e iba vestido de una manera extraña; pero su aspecto, a pesar de todo, no parecía el de un merodeador, y Frank se percató de los extraños y elegantes zapatos que llevaba, de un modelo que el joven no había visto nunca.

Igual pasaba con el resto de su extravagante atuendo.

Los pantalones eran de una tela que brillaba intensamente, como si tuviese luz dentro, y la chaqueta estaba cortada de una manera

rarísima, amplia en la cintura y estrecha en la parte superior.

Frank terminó de tranquilizar al perro y se acercó al desconocido.

—Buenos días — le dijo, llevándose la mano al borde de un amplio sombrero de vaquero.

—Buenos días —contestó el otro.

—¿Buscaba usted alguna cosa?

El desconocido pareció dudar unos instantes; después, con voz insegura, explicó:

—Verá usted; nos hemos perdido.

Frank buscó con la mirada al otro u otros que justificasen el plural empleado por el hombre; pero no vio a nadie.

—Son forasteros, ¿verdad?

El cerebro de Charles funcionaba a toda velocidad.

—Llegamos de Europa hace unos días y nos dirigíamos hacia el Sur cuando fuimos asaltados por unos desconocidos Somos… cómicos, ¿sabe usted?

Frank sonrió.

—Debí imaginármelo por sus ropas —dijo jovialmente—. ¿Quiénes son los otros?

—No hay otros. Vine solo con mi esposa.

El joven miró hacia el campo.

—Le quitaron casi toda la ropa y le he dicho que esperase oculta hasta que yo me procurase algo para vestirla.

Aquello convenció al vaquero.

—Venga conmigo, señor…

—Me llamo Charles Templer.

¿Qué importancia podía tener dar su verdadero nombre? pensó.

Siguió al joven y ambos penetraron en la casa, entrando después en la

habitación donde estaban los otros dos.

Ambos miraron curiosamente al extraño personaje que acompañaba a Frank.

—Es un cómico —presentó éste para salir al paso del asombro que se pintaba en el rostro de los otros dos—. Fué asaltado y le robaron las ropas. Su esposa está oculta porque...

El padre asintió, comprendiendo en seguida el final de la frase.

—No hay ninguna mujer con nosotros —dijo, mirando fijamente al forastero —, pero no podemos dejarles así. Busca en las ropas del arcón de la pobre mamá y dale algo para su mujer. El puede ponerse algo nuestro.

—Muchas gracias, señor»

Siguió a Frank y un poco más tarde, llevando lo que el joven le había dado para su esposa, estaba de regreso junto a Carol.

Esta miró con horror las ropas que su marido le llevaba.

—¿Cómo? ¿Tengo que ponerme esto?

Y contemplaba las enaguas bordadas, los refajos y ¡a falda, cuya longitud le hizo estremecer»

—No hay más remedio, querida. Vístete que yo voy a hacerlo y volveré en seguida.

—¿Y mi ropa?

—¿La que llevas ahora?

—Sí.

—Tírala. Hemos de olvidarla para siempre.

Regresó junto a Frank y éste lo llevó nuevamente al rancho y le entregó un equipo de vaquero que le venía excesivamente grande; pero, con un poco de voluntad, terminó por adaptarlo a su cuerpo.

Se dio cuenta entonces de que había llegado con el cronógrafo que llevaba cuando corrió al laboratorio de Larson. Aquel objeto, completamente desconocido para los hombres de la época a la que habían llegado, podía constituir un serio peligro; pero de todos modos

Charles no se decidió a tirarlo, ya que podía serle de alguna utilidad, pues So vendería por ser enteramente de platino.

El problema del dinero le preocupaba intensamente.

Si hubiese tenido tiempo de reflexionar, si aquel maldito inspector le hubiera dejado unos días, podría haber preparado el viaje al pasado de una manera más lógica, llevando a aquella época algunas cosas que hubiera podido convertir en dólares.

Cuando se miró en el espejo de la habitación tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse a carcajadas.

Salió al pasillo, encontrándose con Frank, que también lo miró divertido.

—Se nota que no llevó nunca ropas como éstas —dijo.

—En Europa no las hay.

Se alegraba de haber encontrado aquella explicación, que podría facilitarles mucho las cosas.

—Puede ir en busca de su esposa —dijo el «cow-boy».

Charles asintió con la cabeza y fue en busca de Carol, que repentinamente surgió de los matojos tras los que se había vestido.

Esta vez Charles no pudo contener la risa.

De todas formas, los vestidos que le habían dado a Carol le sentaban mucho mejor que a él el traje de vaquero; pero, no obstante, el ver a su mujer vestida de aquel modo le causó una impresión tan cómica que durante un buen espacio no consiguió detener su hilaridad.

—¿Tanto te divierte mi aspecto, Charles?

—Perdona, Carol…

Pero ella estaba ciertamente amoscada.

—¡Si te vieses en un espejo! —dijo.

—Ya lo he hecho.

—¿Y no te has reído?

—No podía. Pero, de todas formas, ya nos miraremos los dos, del brazo, para poder reír a gusto.

Le contó luego el excelente recibimiento que le habían hecho los vaqueros.

—Creo que son buena gente —concluyó. Después de una pausa agregó —: Lo malo es no tener dinero para pagarles.

—No te preocupes. Trabajaremos en lo que nos digan.

Y cogidos del brazo, jovialmente, penetraron en el rancho.

Frank les esperaba junto a la puerta de la estancia donde estaba su familia. Al acercarse la mujer, se hizo a un lado respetuosamente, quitándose el sombrero.

Eliot y Dick se levantaron, despojándose también de sus cubrecabezas.

—Les presento a Carol, mi mujer —dijo el hombre—. Yo soy Charles Templer.

Se estrecharon la mano y Carol se sentó en una silla que Frank le había acercado.

—¿Qué les ocurrió con esos bandidos? —inquirió el viejo, con su pipa en la boca.

—Íbamos hacia Tejas y nos asaltaron. Habíamos alquilado un coche en Boston y se lo llevaron todo; ropas, coche, dinero..,

—¿Y el cochero?

—Debía de ser un cómplice, porque se fue con ellos, así que se le presentó la ocasión.

—Desde que acabó la guerra —dijo el viejo—, no hemos parado de tener disgustos con gente que no se acostumbra a la vida honrada. ¿No iba usted armado, señor Templer?

—No suelo irlo nunca.

—Pues tendrá que ir acostumbrándose, si no quiere que se repitan esa clase de disgustos.

Hubo un corto silencio; luego Charles, con un verdadero esfuerzo, dijo:

—No saben cuánto les agradecemos lo que han hecho por nosotros. Lo malo es que no podemos pagárselo, al menos por el momento… Pero podemos trabajar para resarcirles de todas estas molestias.

Eliot soltó una sonora carcajada.

—¡Nadie les ha pedido nada! Además —agregó, bruscamente serio— no estamos de humor para que nos representen una de sus comedias, que es el trabajo que, lógicamente, podían hacer. —Y agregó, después de un breve silencio—: Pueden quedarse aquí hasta que mi hijo Dick vuelva a la ciudad.

—Muchas gracias. Procuraremos causarles la menor cantidad de molestias posibles

CAPÍTULO V

Durante los primeros días, la vida de los Templer estuvo llena de preocupaciones, ya que les faltaba, naturalmente, el hábito de aquella época y tuvieron que adquirirlo con un esfuerzo constante, vigilándose sin cesar y meditando lo que decían, ya que muchas veces pensaban y obraban, sin darse cuenta, como si estuviesen aún en aquel lejano y retorcido siglo XXI.

Poco a poco y gracias a la simpatía de aquellas?, gentes, pudieron ir adaptándose y se identificaron, cada vez de una manera más positiva, con las costumbres de aquel siglo XIX, del que todo lo que habían sabido hasta entonces no fue más que lo que leyeron en los libros de Historia.

Frank tenía una predilección por la señora Templer, que había fracasado rotundamente en la cocina —Eliot pensó que podía hacerles la comida —, y el joven se vio obligado, no sin asombro por su parte, a enseñar a aquella dama la manera de pelar un pollo, de preparar un asado y hasta de lograr un café lo suficientemente amargo y negro para que el viejo lo saborease con placer.

Entretanto, Eliot y Dick, junto con Charles, se dedicaban a recorrer el rancho, que cuidaban solamente ellos, no necesitando ayuda más que en el período del mareaje y cuando llegaba la época de conducir las

reses a la más próxima estación de ferrocarril

Charles intentó lo imposible por hacerse útil a aquellas gentes; pero muy pronto tuvo que convencerse de que no había nacido para aquello y que, a pesar de todos sus esfuerzos, jamás llegaría a hacer algo práctico con las reses.

Completamente convencido de que el forastero era un completo inútil, Eliot no le utilizó en nada más, conformándose con que los acompañase y le hablase de Europa, cosa que agradaba mucho al viejo Morrison.

—Tiene usted un excelente ganado —le dijo Charles, una de las veces que paseaban a caballo por el rancho.

Eliot se encogió de hombros.

—¿Para qué me sirve? Durante toda mi vida he trabajado, hasta matarme, por conseguir una clase de reses que dejase con la boca abierta a la gente del Este; pero, desdichadamente, todos mis esfuerzos han resultado vanos.

—¿Es que las hay mejores que éstos?

—No. Lo que ocurre es que se ha desencadenado una epidemia en los corrales de Chicago y son precisamente mis reses las que sufren más de esa enfermedad..., que ya me ha costado una verdadera fortuna.

ENFERMEDAD, EPIDEMIA, MICROBIOS...

Una sensación indefinible se apoderó de Charles.

Había hecho todo lo posible por olvidar su «futuro»; pero ahora las palabras del ganadero habían encendido multitud de luces en su cerebro y frunció profundamente el entrecejo, al recordar, paradójicamente, ALGO QUE AUN NO HABIA SUCEDIDO, un fantástico «pasado», que' era, sencillamente, el «futuro»...

—¿Y no han podido vencer a esa enfermedad? —inquirió interesado.

—No hay nada que hacer — repuso el viejo, mordiendo nerviosamente su pipa—. Hemos gastado un dineral en veterinarios, pero ninguno de ellos ha dado solución alguna a este angustiado problema...

Señaló los inmensos corrales.

—¡No puede usted imaginarse lo que significa todo esto para nosotros, los Morrison! Hemos luchado como malditos, sin concedernos el menor descanso: mis hijos han dejado la juventud en estos corrales..., yo he dejado la vida. ¿Para qué?

Charles se sintió profundamente conmovido.

Por una parte, tenía miedo de decir lo que le quemaba los labios; por otra, rebullía en él el espíritu del «cazador de microbios», del hombre que había logrado hacer que los microorganismos patógenos desapareciesen totalmente de la superficie del Globo.

Además la gratitud por aquella manera de ser recibidos no podía dejarle indiferente.

De todas maneras se propuso ser prudente.

—Creo que podría ayudarle —dijo.

El viejo alzó las hirsutas cejas y miró a Charles intensa y directamente.

—¿Ayudarme? ¿A qué?

—A vencer esa enfermedad.

—¿Usted?

Charles miró hacia las montañas, como si no fuese capaz de sostener la mirada del viejo Morrison.

—Mi padre fue un gran sabio en Europa... A su muerte, las cosas nos fueron bastante mal; pero yo trabajé muchos años con él, antes de lanzarme al... teatro.

—Le agradezco su ofrecimiento, Templer; pero, francamente, no creo que pueda hacer nada. Los veterinarios que consultamos en Chicago eran los mejores; hombres estudiosos y que lo conocen todo respecto a las enfermedades de tas reses. ¿Qué podría hacer usted a su lado, a pesar de toda su buena voluntad?

Templer no pudo resistir más y estalló:

—Yo soy capaz de curar sus reses, señor Morrison.

—Es usted un joven testarudo y eso me gusta. ¿Quiere venir con nosotros a Chicago?

—No.

—¿Entonces?

—Me bastará que me traiga un trozo de una res enferma y algunas otras cosas más, que le anotaré en un papel. Si lo hace —miró fijamente al viejo—, sus reses no sufrirán jamás de esa enfermedad que las diezma.

Eliot se quedó pensativo, frotándose la barbilla con la mano.

—No sé exactamente lo que me hace tener confianza en usted; pero he de confesar que es más fuerte que todo. ¡De acuerdo! Le traeré lo que desea y... ya veremos.

* * *

Frank se quedó con ellos y Dick y su padre marcharon a la ciudad.

Por la noche, en su habitación, Carol dijo en voz baja:

—Ayer tuve un sueño horrible, Charles.

—¿Una pesadilla?

—Sí. El inspector Fermont nos había encontrado.

El la acarició dulcemente.

—¡Qué tonterías dices, amor mío! No podrán encontrarnos jamás... ¿Cómo lo harían? Nos hemos perdido en medio de un mundo que ellos no conocen y no podrán saber nunca dónde nos hallamos.

—Sin embargo, pasé mucho miedo. ¿Has olvidado los ojos de aquel hombre, Charles?

Este, a pesar de todo, hubo de luchar contra el estremecimiento que le recorría la espalda.

—No lo he olvidado, Carol; pero, por Dios, deja de pensar en esas cosas absurdas. ¿Sabes que voy a ayudar a los Morrison?

—¿Cómo?

—Voy a combatir la enfermedad que mata a sus reses, en los corrales de Chicago.

Ella a su vez se estremeció y pidió:

—¡No hagas eso!

—¿Por qué?

—Porque si vas a la ciudad y haces algo que para los hombres de esta época sea extraordinario, nos encontrarán en seguida.

—Cálmate, Carol; por favor. Se te ha metido en la cabeza que pueden venir a por nosotros; pero ¿cómo lo harían? Fuera de Larson, nadie sabía en aquella época manejar la máquina del tiempo. ¿Qué temes, querida?

—Tienes razón. Pero no puedo dominar mis nervios. Perdóname.

Una semana más tarde el carromato de los Morrison se detenía ante la puerta del rancho.

Todos salieron rápidamente a recibir a los recién llegados.

Después de los saludos, el viejo Eliot hizo un ademán a Charles, llevándoselo hacia su habitación particular; pero, antes de entrar en el rancho, se volvió hacia los otros.

—¡Dick! Entra todos los paquetes de míster Templer en esa habitación de al lado del comedor.

—Bien, padre.

Y cuando los dos hombres estuvieron en el cuarto de Morrison, éste se volvió hacia su acompañante.

—¿Quién diablos es usted, Templer?

—¿Yo? No entiendo.

—Yo tampoco. En la ciudad, cuando fui a comprar todas las cosas que me había usted escrito en aquel papel, me miraron preguntándome si trabajaba de mozo en una Universidad.

Templer rió.

—Es natural—dijo. \

—Yo no lo vi tan natural. Lo de mico... escopio ese...

—Microscopio.

—Bueno, lo que sea, me costó bastante caro. Tuve que pagar trescientos dólares por uno de segunda mano.

—Ya tendremos bastante.

Los ojos del otro estaban aún cargados de duda.

—¿Y usted podrá manejar todos esos tubos y aparatos, Templer?

Charles golpeó amistosamente el hombro del viejo Eliot.

—No se preocupe, Morrison; ya verá cómo todo sale bien. ¿Trajeron un trozo de res muerta por la enfermedad?

—¡Trajimos una res entera!

—Mejor que mejor. Voy a ponerme a trabajar inmediatamente. Necesitaré una mesa larga y cuantos quinqués tengamos en casa. Está oscureciendo y necesitaré bastante luz para el microscopio.

Eliot se encogió de hombros; después, sonriendo, dijo:

—Veremos.

* * *

Después de cenar, Templer lo había hecho antes, Frank se levantó y miró a su padre.

—¿Puedo ir a verlo..,? —inquirió.

—¡Siéntate! —le gritó Eliot—, ¿Crees acaso que no me pasa lo que a ti? ¡Estoy deseando ver lo que hace su marido, señora Templer!

Carol, que se había puesto uno de los vestidos que los Morrison le habían comprado en la ciudad, estaba guapísima y elegante hasta lo inconcebible.

—Yo también iré con ustedes.

—De acuerdo —dijo el viejo—; pero, por lo que más quieran, esperen a que termine de fumar mi pipa y que acabe también de reflexionar un poco. Todo esto me trae de cabeza. Hizo una pausa y prosiguió—: He visto mis animales, señora Templer... Los he visto en los corrales de esa maldita ciudad. Y daba pena verlos, delgados como esqueletos, con esas manchas rojizas en la piel... ¡No me extraña que los compradores se nieguen a dar ni un dólar por cabeza, para convertirlos en abono!

—Los de los demás —dijo Dick— estaban un poco mejor que los nuestros, ¿verdad, padre?

Eliot asintió con la cabeza.

—¡Mucho mejor que los nuestros! Parece como si alguien que nos odiara nos hubiese echado el mal de ojo. No es que quiera decir que las reses de los otros ganaderos no hayan adelgazado. Pero no tanto como las nuestras... Por eso, como no hay carne en el mercado y aprovechando que nuestros animales están en tan lamentable estado, los otros venden aún a precios más elevados.

Carol le sonrió.

—No se preocupe, señor Morrison. Mi marido curará a sus animales.

El viejo se rascó la cabeza.

—¡También es casualidad que hayan llegado ustedes precisamente a mi rancho y en el momento preciso! ¿Cómo íbamos a imaginar que dos cómicos se iban a convertir en dos veterinarios?

—¿Yo también? —inquirió ella.

—No soy sordo, señora Templer. Y fe he oído hablar con su esposo con palabras tan raras como las que utilizaban aquellos charlatanes de Chicago. ¡En fin, no lo entiendo!

Y cuando terminó de rascarse la cabeza, se puso en pie y, sonriendo a Carol, dijo:

—¡Vamos a ver lo que hace nuestro brujo!

Templer estaba trabajando intensamente.

Su fiebre investigadora se había desatado y, a pesar de los medios limitados que poseía, estaba dispuesto a descubrir al agente culpable

de la enfermedad de las reses y combatirlo hasta destruirlo totalmente.

Sirviéndose de una navaja de barbero, ya que no tenía bisturí alguno, cortó trozos de carne del animal que le habían llevado de Chicago, hasta lograr lonchas casi transparentes.

Lo que más le divirtió fue el microscopio.

Aquello era todo menos un microscopio y al recordar los aparatos maravillosos que utilizaba en su época, los microscopios «electrónicos» y los recientemente descubiertos, que trabajaban con rayos cósmicos, tuvo que sonreír a la fuerza.

Pero, valiéndose de unos espejos y unas telas negras, que Frank le llevó, consiguió utilizar una especie de «ultramicroscopio[1]», adelantándose muchos años a su descubrimiento.

Era curioso que un hombre del siglo XXI trabajase con aquellos rudimentarios métodos de los hombres de ciencia del siglo XIX; pero todo lo que Templer sabía —y que hubiese asombrado a los más grandes sabios de aquella época, tomándole por un visionario—, le servía ahora de gran utilidad.

Silenciosamente, los Morrison y Carol se situaron en un lugar donde no molestasen al «brujo», como decía el viejo Eliot. Allí, en un rincón de la estancia, le vieron trabajar, sin cansarse, interesados por los manejos de aquel hombre extraño, al que sólo su esposa podía comprender.

¿Cuánto tiempo estuvieron allí, observando los misteriosos manejos de Templer?

Lo cierto fue que, ya cerca del alba, Charles levantó un tubo que contenía un líquido de color miel y acercándose a sus amigos, exclamó:

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué es eso?

—Aquí está —dijo el microbiólogo, golpeando el tuvo con uno de sus dedos —el culpable de la enfermedad de su ganado, Morrison.

—¡Palabra que no lo veo!

—Ni falta que hace. Lo he visto yo y ya lo conozco. Además, antes de

dos horas, tendremos el arma para combatirlo.

Eliot le contemplaba con una sincera admiración.

—¿Cree usted, Templer —le preguntó—, que conseguirá lo que se propone?

—Estoy completamente seguro, amigo mío.

Carol había ido a la cocina a hacer café y volvió con una cafetera y tazas. Les sirvió a todos una doble ración.

Templer continuó trabajando.

Y no tardó más de una hora en preparar una especie de vacuna, con una capa seleccionada, de cuyos resultados no podía dudar.

Se reunió con los otros.

—He triunfado —dijo—. Ya puede dormir tranquilo, señor Morrison.

—Eso es lo que vamos a hacer todos.

Y después de una pausa añadió:

—¿Qué tendremos que hacer ahora?—Pinchar a las reses con una aguja, que mojaremos previamente en uno de estos tubos.

—¡Parece cosa de magia!

Se retiraron a sus habitaciones y cuando Carol hubo apagado la luz, se acercó a su esposo, besándole en la frente.

—¿Estás cansado, querido?

El se rió brevemente.

—¿Cansado? ¡Hoy he sido muy feliz, Carol!

Y ella le comprendió.

Porque, por la culpa de una civilización tiránica, se había alejado de su sagrado trabajo a aquel hombre, que tanto bien había hecho por la Humanidad; por no haber querido asociarse a uno de los peores crímenes que había ideado el Hombre.

CAPÍTULO VI

Dejaron que los dos forasteros durmiesen hasta muy entrada la mañana; pero ellos, como siempre, se levantaron, desayunaron un buen trozo de tocino y salieron al campo a caballo. La frente del viejo estaba intensamente arrugada. —Tendremos que volver a la ciudad en seguida —dijo. —¿Iré yo? —inquirió Dick.

—Sí. Pero tenemos que convencer a Templer. Su esposa puede quedarse contigo, Frank.

Este asintió con la cabeza.

—Como tú quieras, padre.

Y después de un silencio, preguntó:

—¿Crees que lograremos algo? Eliot entornó los ojos.

—No lo sé. Esta pareja me parece cada vez más extraña...

—¡Son muy buenas personas! —dijo Frank, convencido.

—¿Y quién discute eso? —arguyó su padre—. No hablo de bondad, sino de otras cosas. ¿De dónde vienen, por ejemplo?

—Ya lo dijeron; de Europa.

—No sé... Todo esto, os repito, es muy extraño. ¿No os habéis dado cuenta del nerviosismo de Carol? Parece como si estuviesen perseguidos, como si se ocultasen de algo. Aunque, a pesar de todo, no los creo culpables de nada malo. No obstante, me preocupan.

Volvieron al rancho. Carol estaba en la cocina.

—¿Dónde está su esposo, señora Templer?

—Terminando sus trabajos.

—Voy hacia allá —dijo Eliot.

Y se encaminó hacia la habitación que Charles había convertido en laboratorio.

Templer estaba rellenando unos tubos, que cubría, además de con un tapón, con un anillo de lacre, dejándolos cuidadosamente en el fondo de una caja de cartón.

Levantó la cabeza cuando Eliot apareció en el umbral.

—Ya está todo preparado, señor Morrison.

—¿En esos tubos?

Se había acercado y miraba curiosamente el que Templer tenía entre los dedos.

—Sí, aquí tiene usted lo que va a curar a sus reses.

—¿Qué tendremos que hacer con esos tubos?

Charles sonrió.

—Abrirlos y, por medio de unas agujas que he preparado, pinchar a los animales debajo de la paletilla, después de mojar la aguja en el líquido. Después no tendrá más que esperar sesenta horas. Cuando ese tiempo haya transcurrido, los animales se encontrarán perfectamente bien y al cabo de unas dos semanas habrán recobrado el peso y el aspecto que tenían antes.

Eliot miró al sabio con admiración.

—¿Es posible?

—Ya lo comprobará.

—Querrá decir que lo comprobaremos...

—No le entiendo.

—¿Es que va a dejarnos en la estacada, Templer? Después de lo que ha hecho; después de ponernos la miel en la boca y darnos esperanzas... ¿va a dejarnos ahora?

—Yo no he dicho nada de eso.

—Pero lo piensa. ¿Cómo quiere usted que seamos nosotros los que pinchemos a los animales, si no sabríamos hacerlo? ¿Por qué no viene a Chicago con nosotros? Nadie le hará nada; se lo aseguro, Templer.

Charles miró intensamente al otro.

—¿Qué quiere usted decir?

Los ojos del viejo parpadearon intensamente; pero no bajó la cabeza y continuó mirando a su interlocutor.

—¿Por qué no se confía a nosotros, amigo? Hemos aprendido a apreciarles a usted y a Carol y estamos dispuestos a defenderles contra cualquier peligro que se cierne sobre ustedes dos... ¿Quién lo persigue, Templer?

Charles se quedó con la boca abierta. Y sin poderlo remediar, preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

Eliot se encogió de hombros.

—Desde el principio me he dado cuenta de que su llegada aquí no fue nada normal. Pero le aseguro que no me importa lo que haya hecho, Templer. Es usted mi amigo y Se defenderé contra todo.

Charles estaba profundamente emocionado.

—Gracias.

—¿No me quiere decir lo que les pasa?

Charles bajó la cabeza.

—No sabe cuánto lo siento, amigo mío. Pero me es completamente imposible... Me tomaría usted por loco... De todas formas, puede estar seguro de que no he hecho nada malo; sería incapaz.

—Lo creo. ¿Vendrá con nosotros a Chicago?

—Sí.

El viejo le estrechó la mano vigorosamente.

—Carol puede quedarse en casa con Frank. No le importa, ¿verdad?

—Lo prefiero.

* * *

El Chicago de aquella época le divirtió. Conocía la ciudad, que había visitado muchas veces, en compañía de Carol y no pudo por menos que sonreír al ver la diferencia que existía entre lo que «era» y lo que sería un siglo y pico después.

Un coche de caballos los llevó hasta los amplísimos corrales donde se albergaban las reses de los Morrison. Charles se percató en seguida del lamentable estado de aquellos animales.

—Hay que ponerse a trabajar en seguida —dijo.

Y así lo hicieron.

Ayudado por los dos Morrison, Eliot y Dick, pincharon a los animales, consumiendo la totalidad del contenido de los tubos que habían llevado. Al atardecer, después de un día de ininterrumpido trabajo, salieron de los corrales.

El viejo estaba nervioso hasta más no poder.

—¿Cree usted que venceremos, Templer?

Charles le sonrió.

—Seguro, amigo mío. Ahora no nos queda más remedio que esperar.

Hubo un corto silencio.

—He de pagarle esto.

Charles se encogió de hombros.

—¡No diga bobadas!

El viejo movió la cabeza de un lado para otro.

—Tengo que pagarle esto —repitió—. Por el momento, desearía que fuese con Dick a Nueva York. Tiene que hacer unas compras y puede usted aprovechar el tiempo para comprar ropas para usted y Carol.

—Ya le compró bastante.

—No. Dick lleva dinero. No tiene usted más que pedir lo que necesite.

Charles no pudo luchar contra la testarudez del viejo que, radiante, les

acompañó hasta la estación.

Durante el viaje, Templer pensó en todo lo que había visto. Las gentes que ignoraban lo que iba a ser el mundo ciento veinte años después, ¿se hubiesen esforzado tanto si hubieran sabido la verdad?

Porque, visiblemente, aquellas gentes, más que las otras del resto del mundo, aquéllas gentes de los Estados Unidos, que no hacía mucho habían logrado la unidad del país, después de una guerra fraticida, estaban todos animados del mismo entusiasmo; hacer del país una cuna de ordenada libertad y prosperidad.

Y lo harían.

Entrarían en el siglo XX con el mismo entusiasmo. Y levantarían ciudades asombrosas, crearían una industria fantástica. Lucharían en la Primera Guerra Mundial y salvarían al mundo, repitiendo su hazaña unos años después, a! oponerse a la megalomanía de Hitler.

¿Después?

Seguirían haciéndose cada vez más poderosos; pero, ya, en ciertos ambientes, se iría dibujando la esencia de la tiranía que iba a tomar las riendas del mundo.

¡La Tercera Guerra Mundial!

¿Cómo podrían imaginarse aquellas apacibles gentes del siglo XIX, la lucha alucinante de los proyectiles teledirigidos, lanzados desde todas partes, incluso desde los satélites artificiales?

Europa desaparecería totalmente, dejando sus tierras en manos de unos seres desdichados, heridos en lo más íntimo por la traidora radiactividad; los «mutantes».

—¿Le pasa algo, señor Templer?

Charles sintió un escalofrío y miró al joven Dick:

—¿Por qué dices eso?

—Se había puesto usted muy pálido.

—No es nada —Charles intentó una sonrisa, que logró mediocremente —. No es nada —repitió.

La llegada a Nueva York alejó las negras ideas del cerebro de Charles.

Admiró el estado de la ciudad y también le divirtió compararla con la que él conocía tan bien.

Dick, que llevaba instrucciones de su padre, obligó a su amigo a comprar una enorme cantidad de cosas, sobre todo para Carol, que podía vanagloriarse de tener los mejores vestidos que se vendían en la ciudad.

Las compras de Dick les llevaron mucho tiempo, ya que se trataba de abonos y otras muchas cosas para los pastos. Así, a pesar de la impaciencia de Charles, pasaron dos semanas y media en la ciudad.

—Mi padre me ordenó que estuviésemos aquí el mayor tiempo posible.

—¿Por qué?

—Quería ser el primero en comprobar el resultado obtenido con el líquido de los tubos. ¿Cree que habrá tenido éxito?

—Completo, amigo mío.

—¡Nos habrá salvado!

Charles se encogió de hombros.

—No he hecho más que cumplir con mi deber. Ustedes fueron muy amables con nosotros.

—¿Y por qué no íbamos a serlo? Usted es muy bueno y Carol es encantadora... No le molesta que la llame así, ¿verdad?

—No, muchacho. La confianza que tenéis con ella no es, para mí, más que un motivo de orgullo.

Y llegó la hora de la marcha.

Durante todo el viaje de regreso, Dick había telegrafiado a su padre, anunciándole su llegada, el muchacho no pudo contener su nerviosismo.

—Si los animales están bien, significará que volveremos a ser los dueños del mercado de carne de Chicago... ¡Ya verán los otros! Cuando nuestras reses cayeron enfermas, los enemigos de siempre se alegraron de ello. La competencia es terrible y todos nos tienen envidia.

—No te preocupes más, Dick. Volveréis a ser los dueños del mercado. Ya verás cómo están las reses.

Hubo un largo silencio y después, el joven Morrison dijo, con un tono de voz empapado en tristeza y duda:

—No se irán, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Que no pensarán volver a Europa.

Charles frunció el entrecejo.

—No; no volveremos a Europa.

—¿Se quedarán con nosotros?

—No lo sé; en realidad, no os servimos de ninguna utilidad...

—¿Qué barbaridad está diciendo, señor Templer?

—Ninguna.

—¡Ya lo creo que sí! Nos va usted a salvar de la ruina y dice que no nos es de ninguna utilidad. ¡Padre quiere que se queden con nosotros!

—¿Es eso cierto?

—¡Naturalmente! ¿Qué sería de nosotros si una nueva enfermedad atacase a las reses? Teniéndolos a nuestro lado, podremos vivir tranquilamente. Padre, con toda seguridad, le hará a usted socio nuestro.

Charles sonrió.

Estaba profundamente emocionado.

¿Quedarse en aquel rancho para el resto de su vida?

¿Por qué no?

La vida, la habían perdido Carol y él en el momento en que penetraron en la máquina del tiempo del pobre Larson. Lo importante ahora, lo más importante, era encauzar la vida en aquel ambiente del «pasado», encontrar un refugio en aquel siglo y evitar, en lo posible, que ellos les buscasen.

Al pensar en aquello, Charles se estremeció visiblemente.

Había tranquilizado a Carol cada vez que ésta le había expresado sus temores; pero, en el fondo, seguía estando seguro de que el vengativo inspector no iba a darse por vencido y que, en cuanto lograsen manejar la máquina del tiempo, saldrían en busca de aquellos que habían huido al pasado.

La entrada en la estación de Chicago le alejó de sus pesimistas ideas.

Asomado a una de las ventanillas, Dick lanzó un grito.

—¡Es fantástico!

—¿Qué ocurre?

—¡Asómese, por favor!

Una tremenda multitud ocupaba totalmente el andén. Detrás de ella, una banda de música interpretaba una airosa marcha militar.

—Algún personaje que debe de venir en este tren.

El convoy frenaba en aquel momento.

Y Dick lanzó una carcajada, volviéndose hacia Charles y señalándole las pancartas que empuñaban algunos de los hombres:

¡A Charles Templer, el hombre que ha salvado

el mercado de carne de Chicago !

Los ganaderos del Este saludan a Charles Templer

El grupo de veterinarios de la ciudad de Chicago da la bienvenida a su compañero Charles Templer

Y Templer palideció mortalmente.

Poco después, Eliot luchaba desesperadamente por lograr que la gente

entusiasta no le aplastase.

—¡Qué éxito, amigo mío!

—¿Ha sido usted quien ha organizado esta recepción, Eliot?

—No —repuso el viejo, presintiendo lo que pensaba el otro—. Fueron los ganaderos, al ver el estado magnífico de mis reses. —Después, en voz baja—: No tema nada, Charles; nadie le hará daño.

Templer asintió con la cabeza.

La gente lanzaba vítores alrededor y un hombre, elegantemente vestido, se abrió paso entre la multitud, llegando junto a los dos Morrison, que protegían a su amigo.

—¡Señor Templer! ¡Señor Templer!

Era un viejecito, con barba blanca, de chivo, puntiaguda y amarillenta en la parte superior, debido al tabaco.

Charles se detuvo.

—¿Qué desea?

El viejecillo extendió la mano, que Templer estrechó, sin mucho calor.

—Soy el presidente del Colegio de Veterinarios, señor Templer. Hemos organizado un banquete en su honor... ¿verdad que vendrá?

—Sí.

Una vez en el hotel, la tranquilidad volvió a todos ellos.

—¿Cuándo vamos a volver al rancho? — inquirió Charles.

—Yo ya he estado —dijo el viejo—. Fui fa semana pasada para tranquilizar a Carol. Estaba impaciente, pero no preocupada, Y también estaba segura de nuestra victoria... ¡Ha sido maravilloso, señor Templer!

—¿Están bien las reses?

—¡Como nunca! ¿Sabe que ha habido un ganadero que quería comprarme la medicina a cualquier precio?

Charles sonrió.

—Haremos suficiente para todos…

* * *

El banquete fue un verdadero éxito.

Más de trescientas personas asistieron y Charles tuvo que pasarse un buen rato estrechando las manos que cordialmente le tendían.

Se había convertido en el héroe del día.

Después de los consabidos discursos del presidente y de los más importantes medios del Colegio, Templer se vio obligado a decir algunas palabras, que fueron largamente ovacionadas.

Después de la cena, el viejo presidente se acercó a él.

—Un veterinario inglés, miembro de la Academia, desearía hablar unas palabras con usted.

—¿Dónde está?

—En el salón vecino. ¡Es un personaje importante!

Se encontraba cansado y deseaba terminar cuanto antes con todo aquello; quería hallarse junto a Carol cuanto antes.

Cerró la puerta y se dirigió hacia el hombre que, de espaldas, tenía las manos extendidas hacia la chimenea encendida.

—Señor… —dijo.

Iba elegantemente vestido; pero, a pesar de aquella vestimenta de la época, verdaderamente lograda, su identidad no ofrecía duda alguna.

Era el inspector Fermont.

CAPÍTULO VII

Frank había salido, muy de mañana, para visitar los corrales y

disponer los piensos de los animales. Los Morrison, no teniendo personal alguno que les ayudase, salvo en determinadas épocas, debían trabajar brutalmente durante casi todo el año.

Carol le habla servido un desayuno nutritivo y habían charlado, mientras ambos comían, de todo lo que el viejo Eliot les había relatado, con voz emocionada, cuando había ido, sólo por seis horas, para tranquilizar a la mujer y decirles el éxito que Templer había obtenido.

Luego Frank se había ido, a caballo.

Carol estaba ciertamente contenta y cantaba una «vieja» canción, que había escuchado miles de veces a la televisión, en una época de la que sólo deseaba guardar los buenos recuerdos.

A veces, con bastante frecuencia y aprovechándose ahora de que Charles no estaba junto a ella, ya que no hubiese deseado entristecerle, lloraba, durante casi una noche entera, pensando en su hijo, que le había sido arrebatado tan cruelmente.

Porque, en realidad, lo que había pasado con el pequeño Thomas era, desde el punto de vista de una madre, mucho peor que si hubiese muerto; aunque, en realidad, podía considerarlo como tal.

A pesar de todo, se esforzaba, aquella mañana, por estar contenta, pensando que muy pronto estaría al lado de Charles que, sin ningún género de dudas, habría pensado la forma de adaptarse definitivamente a aquella época a la que había llegado por culpa del inspector, ya que la mano de Larson, al agarrarse espasmódicamente a la palanca de la máquina del tiempo, la había hecho retroceder más de la cuenta.

El ruido de unos pasos en el patio le hicieron creer que Frank volvía y se extrañó de que lo hiciese tan pronto. Por eso, saliendo al porche, vio llegar a un desconocido.

Iba pobremente vestido y parecía muy cansado.

—Buenos días —saludó el hombre—. ¿Es usted su esposa?

Ella enarcó las cejas.

—¿Su… esposa? ¿Qué quiere usted decir?

—Hablo del hombre que iba a caballo.

—¿Se refiere usted a Frank?

—No sé cómo se llama. Lo he dejado casi sin conocimiento.

Carol se alarmó.

—¿Eh? ¿Qué le ha ocurrido?

—Se cayó del caballo. Fui a ayudarle, pero debe de haberse hecho bastante daño… Me habló de una mujer que se llamaba Carol y que vivía aquí, rogándome que viniese a llamarla.

—¿Está… muy mal?

—No creo que sea excesivamente grave. Si lo desea, puedo ayudarle a traerlo aquí.

—Es usted muy amable.

Se había quitado el delantal prestamente dejándolo sobre una silla. Bajó la escalinata del porche.

—Vamos. ¿Sabe usted dónde está?

—¡Naturalmente, señora! —dijo él—. Pasaba justamente por el lado de la alambrada cuando le vi caer. Mire, me desgarré la chaqueta al correr a su lado.

—Le daremos un traje nuevo, señor…

—Me llamo Collowan.

—Yo. Carol Templer.

—Encantado.

Se estrecharon la mano, sin dejar de andar hacia el fondo de la propiedad. Al llegar junto a la barrera que formaban unos gigantescos olmos, el hombre los señaló.

—Es ahí detrás. Ya hemos llegado.

La había hecho andar bastante aprisa y Carol tenía las mejillas como de fuego.

Penetraron por entre los árboles, llegando al otro lado de la barrera natural que formaban.

—¿Dónde está Frank? —inquirió ella, cuando apenas pasaban la última hilera de árboles.

—Aquí.

Y, en aquel momento, dos hombres más surgieron de entre los árboles, cogiéndola fuertemente por ambos brazos.

—¿Qué significa esto?

La arrastraron, por la fuerza, haciéndola contornear el pequeño bosque. Hasta que, de repente, Carol lo comprendió todo.

Acababa de ver la esfera.

No había olvidado la forma de la máquina del tiempo y allí la tenía ante ella.

Los hombres, especialmente el que la había engañado, sonreían ferozmente.

—¿Sorprendida, eh, señora Templer?

—¿Cómo lo han logrado?

—Eso no importa ahora, señora. Pero es justo que me presente; inspector Collowan, ayudante primero del inspector Fermont.

Y dirigiéndose a los otros, ordenó:

—¡Vamos!

Entraron todos en la máquina y sólo entonces, cuando la realidad le penetró como un cuchillo afilado, lanzó un alarido que, por desgracia, no podía salir al exterior.

Collowan oprimió un botón.

Y el contorno, visible a través de la esfera transparente, desapareció, al tiempo que una rara, pero conocida, sensación la invadía.

La carrera hacia el futuro había empezado.

* * *

Un escalofrío horrible recorrió la espalda de Templer. Sin embargo, se dio cuenta de que no debía temer físicamente a aquel odioso personaje que tenía ante él. Y más tranquilo, avanzó hacia él, con los puños cerrados.

—¿Qué quiere usted, Fermont?

El otro se dio cuenta de que Templer estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo; por eso, señalándole uno de los sillones, junto a la chimenea, le dijo:

—¿Por qué no se sienta, profesor? Podemos charlar unos momentos.

De mala gana, Charles se dejó caer en el asiento que el otro le indicaba, sacando la pitillera, de la que extrajo un único cigarrillo, demostrando que no deseaba invitar al odioso inspector.

Este sonrió y echándose hacia adelante —se había sentado frente al bacteriólogo —, preguntó:

—No creía verme tan pronto, ¿verdad?

Charles no experimentaba temor alguno, ya que estaba dispuesto a atacar a aquel ser repugnante, en cuanto hiciese la menor cosa de tipo ofensivo.

—Francamente —dijo—, no creía que aprendiesen tan pronto el manejo de la máquina del tiempo.

—Fue un poco difícil —confesó el otro—; pero, gracias a todos los técnicos, que fueron movilizados inmediatamente, pudimos entender la marcha del aparato, sobre todo cuando descubrimos los documentos de Opperheim. En ellos, con las anotaciones del otro, estaba todo perfectamente explicado y nuestros técnicos no tardaron mucho en conocer el manejo de la máquina del tiempo.

»Lo que verdaderamente me espantó, cuando el loco de Larson apretó la palanca, fue ver que la esfera donde ustedes estaban había desaparecido. Creí entonces que les había perdido para siempre» Pero, cuando me disponía a irme, para informar de lo ocurrido, la esfera reapareció, en el mismo sitio, pero completamente vacía, ya que los había dejado en el pasado.

»Ahora ya sabemos muchas cosas y podemos evitar que la esfera

regrese al futuro sola; es decir, mandamos y ella obedece.

—Muy interesante.

—Más de lo que parece.

Hubo una pausa y Fermont frunció el entrecejo.

—Tiene usted que ayudarnos, Templer.

—¿Yo? ¿A qué?

—Ya lo sabe. El problema de Europa preocupa a nuestro Gobierno y todos sus miembros están en ascuas por su vergonzosa huida. Pero, a pesar de todo, están dispuestos a perdonar…

—Por un precio, ¿no es verdad?

—Con ningún precio, Templer, Simplemente, con el cumplimiento de su deber.

Charles sonrió.

—Eso no es ya posible, inspector. Habrán comprobado que destrocé las cepas de todos los microbios patógenos.

—Ya lo sé; pero, por fortuna, eso se puede arreglar.

Templer sintió una extraña opresión en el pecho.

—¿Han logrado nuevas cepas? ¡Pero si eso es imposible!

—Completamente imposible, Templer; pero usted ha sido quien nos ha facilitado la tarea y ahora podemos realizar lo que deseábamos.

—¿Cómo?

—Cogiendo los microbios de esta época.

—¿Eh ?

—Naturalmente, amigo mío. Aquí hay microbios de todas clases y, por fortuna, tenemos a un microbiólogo en esta época, a la que ha venido voluntariamente. Sólo usted sabrá obtener cepas de una virulencia extraordinaria, Templer, utilizando los microorganismos del siglo XIX, que luego nos llevaremos al siglo XXI. Y lo hará.

Charles sonrió.

—Demasiado seguro parece —dijo,

—Completamente seguro.

Se había levantado y se paseó unos instantes por el salón, plantándose después bruscamente ante el sabio.

—Va usted a decirnos los aparatos que necesita.

—¿Para qué?

—Para realizar el trabajo que su Gobierno le encomienda. Le traeré todo lo que desee y se pondrá a trabajar inmediatamente.

—No lo haré.

La expresión del rostro de Fermont se endureció.

—Creo que ha llegado la hora de decirle algo, Templer. Y, francamente, lamento que tenga que obligarme a estas cosas.

Charles palideció un poco; pero reserenándose imediatamente advirtió:

—Nada conseguirá con vanas amenazas, Fermont.

—¿Usted cree? ¿Y si le dijese que su esposa está ya con nosotros?

Templer se puso en pie, abalanzándose contra el inspector; pero éste, que debía de haber prevenido el gesto y la reacción del otro, sacó velozmente una pistola, con la que apuntó al pecho del sabio.

—No haga tonterías, Templer.

Los ojos de Charles lanzaban chispas.

—¿Qué ha hecho usted con Carol, canalla?

—Nada malo, Templer; serénese y colóquese de cara a la realidad. Carol está perfectamente bien, en su propia casa, esperando el regreso de su marido, del que no duda cumplirá rápidamente su deber para volver a estar junto a ella.

—¡Maldito!

Luego, inesperadamente, pensó que acababa de caer en la trampa más burda que jamás le hubiesen tendido.

—¡Eso es mentira, Fermont! Mi mujer está en el rancho y bien guardada.

—Como quiera —se guardó la pistola —. Creo que regresará usted al rancho muy pronto. Dentro de tres días, exactamente, estaré allí para recibir sus instrucciones. Adiós.

Y saliendo del salón, desapareció.

Charles se quedó allí, contemplando el extraño juego de las llamas en la chimenea.

No, no se había equivocado al pensar que ellos no le dejarían en paz, sobre todo necesitándolo; pero era imposible que se hubiesen apoderado de Carol.

Aquello no debía ser más que una baladronada de Fermont, una especie de amenaza velada para convencerle.

Se despidió precipitadamente de los que le habían homenajeado y salió velozmente hacia el hotel donde se hospedaba, junto a los Morrison.

Padre e hijo estaban allí.

Al ver la palidez que cubría el rostro de Charles, el padre, mucho más observador que Dick, se adelantó vivamente hacia el recién llegado.

—¿Ha ocurrido algo, Templer?

—Nada. Pero debo regresar inmediatamente al rancho.

Sin decir nada, Eliot se volvió hacia su hijo.

—Baja a conserjería y que preparen nuestra cuenta. Tú te quedarás unos días más, para seguir la venta de las reses. ¡Rápido!

—Está bien, padre.

Y cuando se encontraron solos, Eliot agarró fuertemente el brazo de Templer.

—¿Por qué diablos no me dice la verdad de una vez?

Charles le miró con extrañeza.

—No puedo, amigo mío. Ya le dije que me tomaría por el último de los locos. Sepa, solamente, que alguien quiere llevarnos, a Carol y a mí, a un punto determinado, para que yo haga un trabajo criminal. Con eso le basta, ¿verdad?

—Lo comprendo y me basta. Usted y Carol, si no lo desean, no irán a parte alguna. Y si alguien viene al rancho, para molestarles, nuestros «Colts» darán una demostración a los que se atrevan a acercarse.

—Gracias.

Momentos más tarde, preparadas ya las maletas y los baúles que contenían todo lo que Dick y Charles habían comprado en Nueva York, salieron hacia el Este, en un carruaje que habían alquilado, ya que el tren no saldría hasta el día siguiente.

El viaje le pareció interminable a Charles.

Durante aquellos dos largos días, hasta que cogieron la diligencia que les llevaría hasta las proximidades del rancho, donde tendrían que alquilar un nuevo vehículo, hasta el final de la ruta, no despegó apenas los labios.

Sufría indeciblemente.

Porque, a medida que reflexionaba más detenidamente sobre las palabras de aquel maldito inspector, se daba cuenta de que podrían muy bien ser ciertas. Y ante la sola posibilidad de que Carol hubiese caído en una trampa, cerraba los puños y apretaba los dientes hasta hacerse daño.

«¡Si se ha llevado a Carol, lo estrangularé!»

El último tramo del camino lo hizo poner tan nervioso que Eliot le suplicó que se calmase.

—¿Por qué no se calma, Templer? ¡Se está deshaciendo los nervios!

—No puedo evitarlo, amigo mío.

Un silencio.

—Teme por Carol, ¿verdad?

Charles asintió con la cabeza.

—Es absurdo. Conozco a mis hijos y Frank es mucho más decidido que el otro. Si alguien se ha acercado al rancho, encontraremos su cadáver enterrado en el patio.

Templer no dijo nada.

Momentos más tarde, el rancho era ya visible y Charles, incapaz de estarse quieto, se asomó a la ventanilla, maldiciendo no tener unos gemelos para poder distinguir, desde allí, las siluetas de los que, sin ningún género de dudas, habría en el porche, contemplando el vehículo que se acercaba.

Una nueva esperanza le inundó cálidamente el corazón.

«¿Por qué ha tenido que ocurrir una desgracia?» —se preguntó—. «Ya verás, estúpido, que Carol está ahí, esperando ardientemente para cerrarte entre sus brazos.»

El camino describía una curva y ocultaba el porche, que ya no volvería a ser visible hasta el momento en que el vehículo se detuviese ante la puerta.

Aquellos minutos fueron los más largos que Templer había conocido.

Finalmente, el vehículo se detuvo ante el porche.

Carol no estaba allí…

Sin osar decir nada, Templer descendió del coche, avanzando hacia Frank que, con la mirada clavada en el suelo, esperaba allí.

—Se la han llevado, ¿verdad? —inquirió Templer, con voz truncada.

—Ha desaparecido, señor.

Eliot estaba ya junto a ellos.

—¿Qué pasó? —inquirió, blanco como el papel.

—Yo estaba en los corrales. Carol me había dado de desayunar. Estaba muy contenta y cantaba… Cuando regresé, a mediodía, ya no estaba.

—¿No oíste ni viste nada?

Frank levantó la mirada y miró a su padre, con una luz de reproche en los ojos.

—¿Crees que si hubiese visto u oído algo, no hubiera corrido para evitarlo?

—Estoy seguro de ello, hijo.

Templer no les escuchaba ya.

Penetró en la casa, con las espaldas inclinadas, la cabeza entre los hombros, incapaz de reaccionar, de decir nada…

Se dirigió directamente hacia la habitación que ocupaba con Carol en la casa. Penetró en la estancia y cerró la puerta.

Durante unos minutos estuvo allá, junto a la puerta, contemplándolo todo, con mirada ausente.

Después, avanzando, cayó de rodillas sobre la alfombra y dejándose caer sobre el lecho, dio rienda suelta a un llanto que le quemaba las mejillas.

—¡Carol!

CAPÍTULO VIII

La puerta se cerró tras ella.

—¿Ha vuelto usted ya, señora?

Wilky estaba ante ella, como siempre, envuelto en el forro metálico de su armadura, con sus ojos electrónicos brillando intensamente,

—Sí, ya estoy aquí, Wilky —dijo ella, con voz cansada. Parecía que el viejo robot la mirase y la comprendiese; pero aquello era imposible. —¿Qué ha pasado durante nuestra ausencia, Wilky? Los ojos electrónicos parpadearon. —Thomas ha vuelto, señora. -¿Eh?

Su corazón se puso a latir locamente.

—¿Mi hijo en casa?

—Sí.

Su primer impulso fue el de correr, escaleras arriba, para ir a abrazar al pequeño; pero el recuerdo de las palabras del inspector la dejó clavada allí, incapaz del menor movimiento. Hasta que se atrevió a preguntar, con un hilo de voz:

—¿Qué le han hecho, Wilky? ¿Qué han hecho a mi hijo? ¿Nos recuerda? ¿Sabe que somos sus padres?

—Sí, señora; no le han hecho nada.

Ella entonces corrió, alocadamente, hasta penetrar en la habitación de Thomas, al que abrazó fuertemente, como si desease impedir que volviesen a llevárselo.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

—¿Dónde está papá?

Ella se detuvo, mirándolo intensamente.

—Papá está de viaje, querido. Volverá pronto… —Y después de una pausa—: ¿Te hicieron daño donde estuviste?

—¿En el Centro de Selección?

—¿Cómo sabes que se llamaba así?

—Porque me lo dijeron. También me dijeron, que mis padres habían sido malos y que todo dependía de cómo se portaran en adelante.

Ella se horrorizó,

—¿Te dijeron… eso?

—Sí. Pero yo no podía creer que papá fuese un traidor, como decían, y le dije que mentían.

—¡Bien dicho, hijo mío! Papá es el hombre más extraordinario que existe. Algún día lo sabrás por ti mismo…

Y pudo muy bien agregar: «…si te dejan».

Pero no So hizo.

* * *

La desesperación le fue ganando lenta y ladinamente. La desesperación y, sobre todo, el cansancio.

Sí, se encontraba fatigado, asqueado de todo y seguro, cada vez con más intensidad, de que no podía oponerse a los designios del Gobierno del Planeta.

«Aunque me hubiese ocultado en el centro de la Tierra o en los tiempos prehistóricos —pensó—, ellos me hubiesen encontrado. No hay nada que hacer; son demasiado fuertes. »

De no haber sido porque la idea de destruir los «mutantes» seguía repugnándole con la misma intensidad de siempre, hubiese deseado que Fermont se presentase, para ponerse a su disposición, incondicionalmente.

¿Qué haría Carol?

Se la imaginaba, en la casa, completamente sola, con el hijo en el Centro de Selección y el marido en el pasado, más de un siglo antes, hundido en una desesperación sin límites.

Era como un muñeco y los Morrison, Dick ya había regresado de Chicago, no sabían verdaderamente qué hacer para consolar a aquel hombre que tanto bien les había hecho.

Por orden del viejo, que no había dicho nada a Charles, sus dos hijos habían establecido un turno de guardia, haciéndola ante la puerta donde dormía el bacteriólogo, dispuesto a evitar, fuese como fuese, que los que se habían llevado a Carol fuesen también a por su esposo.

—Tirad a dar —había dicho Eliot, con los ojos llenos de llamas—. Esta vez no hay que fallar.

Y los días transcurrieron, lenta y pesadamente.

Cuando los Morrison se iban a sus quehaceres cotidianos, uno de ellos se quedaba siempre en el rancho, vigilándolo todo.

Hasta la segunda semana no ocurrió nada notable.

Aquel lunes, cuando los Morrison, Frank y su padre, se disponían a marchar a los pastos, ya que debían preparar un nuevo envío de reses, vieron llegar tres vehículos, que se dirigían al rancho, sin ningún

género de dudas.

Eliot dio la voz de alarma y mientras él salía al porche, sus dos hijos se apostaron detrás de las columnas del patio, cada uno con un rifle y una canana repleta de municiones.

Eliot se adelantó cuando el primer vehículo se hubo detenido ante la entrada de la casa.

Pero al ver los rostros venerables de los veterinarios que habían invitado a Templer, su ceño se desfrunció, dándose cuenta de que nada tenían que temer de aquellos hombres.

Los otros dos coches estaban cargados de paquetes.

Los viejos hombres de ciencia estrecharon la mano del ganadero y uno de ellos preguntó:

—¿No está el señor Templer?

—Sí, pasen.

Eran cuatro y todos ellos siguieron a Morrison, que los condujo al salón, donde los dejó, junto a sus dos hijos, mientras iba en busca de Charles.

Este apenas si salía de su habitación, permaneciendo casi todo el día allí, profundamente pensativo.

—¡Buenas noticias, señor Templer! —dijo el viejo.

—¿Qué hay?

—Unos señores quieren verle; están esperándolo en el salón.

Templer se puso en pie, palideciendo intensamente; tanto que Eliot enarcó las cejas.

—Creo que exagera usted, Templer, amigo mío. Son veterinarios de Chicago. El más joven tiene cincuenta años y no creo...

Pero Charles ya se había tranquilizado.

Estaba dispuesto a todo.

—Vamos —dijo.

Pasaron al salón y todos volvieron a manifestarle su sincera admiración. Charles los observó a todos, no viendo a ninguno que pudiese ser el fatídico Fermont.

Eliot sirvió licores y cigarros y el ambiente se animó en seguida.

—¿Sabe que le traemos una maravillosa sorpresa? —inquirió uno de ellos.

La palabra «sorpresa» hizo palidecer nuevamente al bacteriólogo; pero dominándose dijo:

—¿si?

—Tenemos dos carromatos cargados de paquetes que nos ha remitido un ilustre colega europeo… Creo que tuvo usted la ocasión de entrevistarse con él en Chicago…

—¡¡Fermont!!

No había dejado de cumplir su propósito, aunque se había retardado unos días.

—Francamente —siguió diciendo el veterinario—, deseamos, tanto como usted, ver todas esas cosas que le han enviado. ¿Nos permitirá ayudarle a desempaquetarlas?

—Encantado.

Pero su voz sonó a falso, y Eliot, que le observaba detalladamente, fue el único en percatarse de ello.

Ordenó el viejo Morrison que sus hijos descargasen los carruajes y llevasen los paquetes hasta el salón que Charles había convertido en laboratorio.

Allí ante todos, Templer empezó a desempaquetar y los ojos abiertos de los otros, su expresión de indecible extrañeza, no le asombró lo más mínimo.

¡Porque todos aquellos aparatos habían llegado directamente del siglo veintiuno!

Y las preguntas empezaron a llover.

—¿Qué es eso?

—¡Nunca he visto ese aparato!

—¿Un microscopio este aparato?

—Nunca tuvimos informes de todo lo que se había hecho en Europa.

—Jamás vimos utensilios como éstos.

Templer iba contestando a medida que los objetos salían de sus paquetes. Todo aquello —no podía evitarlo— le llevaba a otros tiempos, cuando en su maravilloso laboratorio de aquella época «que aún tenía que llegar».

Pero cuando descubrió una pequeña pila atómica y que, por mera curiosidad, la encendió, logrando una iluminación resplandeciente, los presentes retrocedieron aterrados.

—¿Qué es eso?

—Luz.

—¿Luz? ¿Cómo se obtiene?

—Es un procedimiento descubierto recientemente en Europa.

—¡Es maravilloso!

—¿Cuánto tiempo tarda en gastarse esa luz? —inquirió otro.

Y, sin darse cuenta, Templer dijo la verdad:

—Trescientos años.

—¿Eh?

Lo miraron y algunos sonrieron, creyendo que se burlaba de ellos, pero no se molestaron.

—¡Qué divertido!

Charles, dándose cuenta de que había hablado demasiado, retrocedió prestamente.

—Perdonen —dijo, sin sonreír, aunque lo intentó—, fue una broma. Esta luz debe durar unas horas. Voy a apagarla para economizar.

Después de pasar unas horas, contemplando aquellos maravillosos

aparatos, Eliot logró sacarlos de allí, invitándolos a comer, ya que Frank había preparado un verdadero banquete, matando una de las mejores reses de la mañana.

Cuando la comida hubo terminado, Elliot propuso una visita al rancho. Todos los recién llegados aprobaron la idea.

—¿Y usted? —inquirió el viejo, dirigiéndose a Charles.

—Voy a quedarme.

—¿Está seguro de que debe hacerlo?

—Sí.

—¿Quiere que uno de mis hijos se quede con usted?

—No es necesario. Muchas gracias, de todos modos.

Al quedarse solo, viendo cómo los demás se alejaban, utilizando los caballos que Frank había preparado, Charles se dio cuenta de que había cedido.

Definitivamente.

Su cansancio había llegado hasta el límite de lo posible y ya no sentía ninguna gana por seguir luchando.

Se encerró en su laboratorio y empezó el montaje definitivo de los aparatos, distrayéndose por completo. Así, cuando llamaron a la puerta, levantó la cabeza, profundamente extrañado de ser interrumpido.

Pero, poco después, plenamente convencido de que estaba esperando aquella llamada, abrió la puerta y sin dejar de sonreír, pero con una expresión de infinito cansancio dijo:

—Pase, Fermont.

Y el inspector entró.

Seguía vestido con el mismo traje del siglo XIX que llevaba cuando Charles le vio en Chicago.

Entró en el laboratorio, sonriendo al darse cuenta de que casi la totalidad de los aparatos habían sido ya colocados.

—¿Hay ganas de trabajar, eh, profesor? —inquirió, sin dejar de sonreír.

Templer no contestó.

Se sentó, en silencio, señalando otro de los butacones al inspector.

—¿Cómo está Carol? —inquirió, casi de inmediato.

—Muy bien. La he visto esta misma mañana. Está bastante tranquila, con su hijo.

—¿Con Thomas?

—Sí. Se lo hemos devuelto. Cuando nos dimos cuenta de que podíamos conseguir convencerle, nos percatamos de que no nos iba a servir de nada tener al niño. No pasó del Centro de Selección.

Charles guardó silencio.

Estaba íntimamente contento de que Thomas hubiese vuelto a casa, pero por nada del mundo hubiera dado las gracias a aquel hombre, ya que el precio que había de pagar por todo aquello era ya demasiado elevado.

—Hemos pensado ya en las cepas que necesitamos, profesor.

—¿Sí?

—No parece excesivamente interesado.

—Ni puedo estarlo. Ya sabe usted que sigue repugnándome lo que me obligan a hacer. Por eso me limitaré a hacer mi trabajo. Pero no vayan a querer también que les demuestre un entusiasmo que está muy lejos de mí; eso sería imposible.

El otro sonrió.

—No nos importa su entusiasmo, sino su ciencia, Templer. Queremos que prepare una cepa de máxima virulencia con «vibrión colérico».

Templer no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Esa... precisamente?

—Sí.

Hubo un corto silencio; después, Charles, sin poder contenerse, preguntó:

—¿Por qué no librar a esos desgraciados de una muerte tan horrible? ¿Qué culpa han tenido ellos de lo que ha ocurrido en Europa? Fueron, por el contrario, los que recibieron el más duro castigo, los que vieron sus hogares destruidos y sus familias desaparecidas… Y ahora, como pago a todos sus sufrimientos, van a sufrir la peor de las torturas. ¿Por qué?

El otro se encogió de hombros.

—No debemos ser sentimentales, Templer. Necesitamos Europa y la tendremos, destruyendo a los «mutantes». Así, amigo mío, mataremos a dos pájaros de un tiro.

—¡No me llame amigo! Sabe que jamás lo seré.

Fermont se puso en pie.

—Creo que esta conversación ha durado demasiado. Aquí tiene usted las cepas que he obtenido, para que no se moleste y pierda tiempo. Recuerde —añadió, dejando el paquete que llevaba en la mano sobre la mesa— que ha de obtener la mayor virulencia posible.

Se dirigió hacia la puerta, deteniéndose antes de abrirla.

—¿Cuándo puedo volver?

—En seis días tendré la cantidad y calidad que necesitan.

—Está bien.

Abrió la puerta, con una sonrisa de triunfo en sus delgados labios.

Una vez fuera, respiró glotonamente el aire de la tarde.

Aquel triunfo iba a convertirle en un personaje mucho más importante que lo que había sido hasta entonces, ya que sería el primer policía del tiempo, el primer hombre de Ley que había realizado un trabajo en el pasado.

«Indudablemente —se dijo—, la estupidez de Templer me ha sido completamente favorable.»

Estaba satisfecho.

Y avanzó, dirigiéndose hacia el porche, ya que tenía que andar un poco hasta llegar al lugar donde Collowan, su segundo, le esperaba junto a la máquina del tiempo.

Sonrió de nuevo y sacó un cigarrillo…

Fue entonces, al levantar la cabeza, después de haberlo encendido, cuando se encontró cara a cara con el dueño del rancho que, con las manos en las caderas, se interponía, cerrándole el paso.

—¿Muy listo, eh? —inquirió Eliot.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir?

—Que tenía ganas de echarme a la cara a alguno de los granujas que hacen sufrir a mi amigo.

—¿Usted qué sabe?

—¡Tanto como usted, asqueroso cuatrero! ¿Cree que no he oído toda la conversación que ha tenido con Charles? Verdad que hay muchas cosas que no he entendido; pero, de todas formas, sé que usted es el responsable de la desaparición de Carol, a la que tienen secuestrada.

—¡Bah! Son cosas que no le importan, vil gusano. Déjeme pasar y siga cuidando vacas.

Eliot sonrió.

—¿Cree que me ha insultado, lechuguino de todos los demonios? Por lo que he oído decir a Templer, es usted menos que cualquiera de mis reses. Usted no pasará, «amigo».

Dijo esta última palabra en español.

—¿Qué se propone?

—Matarlo. Me gustaría hacerlo de la manera que utilizamos aquí con los cuatreros; pero no se merece ni la cuerda…

Sin poderlo evitar, Fermont se estremeció.

Iba armado, pero la sola posibilidad de morir a manos de aquel hombre, le horrorizaba. Y, sobre todo, morir un siglo antes de haber nacido.

Se dispuso a jugar la última carta.

—Voy a darle una buena suma de dinero —dijo, acercando su mano a la solapa de su traje.

—¡Fuera la mano de ahí, tramposo!

Pero Fermont no le hizo caso.

Sus dedos se cerraron convulsivamente sobre la fría culata de su pistola. Después, unos segundos sólo, dos detonaciones sonaron en la tarde.

Los «Colts» habían aparecido en las manos del viejo Morrison, demostrando que, a pesar de los años, no había perdido nada de la pericia de otros tiempos.

El inspector se desplomó pesadamente en el suelo.

CAPÍTULO IX

Estaban todos dormidos en casa.

Después de haber pasado por la habitación del pequeño Thomas, Wilky descendió al piso inferior, y repasó todas las puertas y comprobó si estaban convenientemente cerradas.

Antes, un poco después de que madre e hijo hubiesen cenado, el viejo robot había ido a desconectar los mecanismos de los demás servidores metálicos, encerrándote previamente en el depósito que había al efecto, en el fondo del extenso jardín de la casa.

Ahora, arrastrando sigilosamente sus pies metálicos, Wilky recorría las habitaciones de la planta de la casa, viendo si todo estaba en orden.

Pasó por el salón, atravesando después el «living» y penetrando, por último, en el despacho de Templer.

Aquella habitación y el laboratorio eran las que prefería.

Sus ojos electrónicos vagaron detalladamente sobre los muebles, la amplia biblioteca, los papeles que Charles había dejado sobre la mesa. Y su mirada se llenó de luz, como si fuese capaz de experimentar una

sensación de cariño hacia las cosas aquellas.

Wilky no dejaba que ninguno de los otros robots, que eran los que generalmente hacían la limpieza del resto de la casa, penetrase en las habitaciones de Templer, que Wilky consideraba como algo propias.

Salió del despacho y se encaminó, silenciosamente, hacia el salón»

Una vez allí, estuvo inmóvil durante unos segundos, como si escuchase atentamente algo. Después, completamente convencido de que todo era silencio, alargó una mano y encendió, dándole la mínima potencia, al aparato de televisión.

Solía hacerlo y lo hizo, sobre todo, desde que sus amos habían faltado de la casa. En realidad, desde el momento en que se produjeron los extraordinarios acontecimientos que hicieron que Templer y su esposa desapareciesen, la «mente electrónica» del robot no había cesado de trabajar intensamente.

Era claro que, al principio, reinase una tremenda confusión en el interior de lo que podía llamarse, con las consiguientes y lógicas restricciones, el «cerebro» del robot. Pero no se podía olvidar que aquel «cerebro» llevaba muchos años trabajando, día y noche, creando nuevas asociaciones y que, sin llegar ni mucho menos a alcanzar la nitidez de una mente humana, había conseguido, no obstante, «entender un poco lo que pasaba».

No sabía, ni con mucho, lo que para Templer significaban los «mutantes», pero estaba seguro, por haberlo oído muchas veces, de que se trataba de seres desdichados, desafortunados. Y tales cosas se asociaban, en el cerebro del viejo robot, con la intranquilidad de sus amos ante la presencia del inspector.

También había oído lo bastante sobre la máquina del tiempo para saber que aquél había sido el método que habían seguido sus amos para huir y la de sus perseguidores para seguirlos…

Pero no era solamente aquello lo que preocupaba a Wilky.

Cuando la pantalla se encendió y el rostro del locutor apareció en ella, el robot, sin sentarse —ningún robot, tiene necesidad de hacerlo—, escuchó atentamente las palabras que el hombre vertía.

Naturalmente, muchas cosas se le escapaban; pero las imágenes transmitidas poseían el evidente poder de «visualizar» las ideas, haciéndolas más comprensibles para Wilky.

Así se había enterado de que, desde hacía algunas semanas, las cosas de los hombres no marchaban como antes.

Escenas de revueltas, incendios, persecuciones de la gente por tropas de insensibles robots-policías. Todo aquello le demostraba, de una manera cada vez más clara, que algo pasaba en el mundo y que la gente empezaba a manifestar su disconformidad con el tiránico Gobierno del Planeta.

Oyó, muchísimas veces, que además de otras cuestiones de las que no entendía ni una sola palabra, como la de «conciencia democrática», «libertad» y otras, que no poseían significación tangible para él, se hablaba de la cuestión de los «mutantes». Y que, precisamente, eran los «revoltosos», los que se levantaban contra el Gobierno, los que coincidían con las ¡deas de Templer, manifestando su disconformidad en cuanto a la destrucción de aquellos seres se refería.

¿Qué pasaba por la mente mecánica del robot?

Hubiese sido extraordinariamente difícil decir nada concreto. Vagas chispas electrónicas, reacciones en cadena, asociaciones cada vez más complicadas…, ¡vana y miserable electricidad al fin!

Pero, de todos modos, los millares de metros de cinta magnetofónica, asociada a nuevas impresiones habían terminado por constituir una especie de cerebro, un organismo elemental y sencillo, como la mente del niño que dormía en las habitaciones de arriba.

Una mente como la de Thomas Templer, pero sin la fantasía que la máquina era incapaz de crear.

Y era precisamente aquello, la falta de fantasía, lo que hizo que las ideas de Wilky se concretasen, ciñéndose a un «nódulo» que oscilaba siempre alrededor de la personalidad de Charles, su amo.

¿Quería a Templer?

Otra vana cuestión para quien la plantease. La palabra «querer» y lo que ello significa, carecía de valor para el viejo Wilky; no obstante, una repetición, un constante ver, oír y estar junto a los Templer, había creado un intenso hábito que, aun no siendo cariño, podía traducirse por una especie de amistad.

De allí había nacido, con un paralelismo lógico, la atracción que por Charles sentía, ya que la superioridad del hombre es percibida aún por las máquinas.

Después de oír el programa de televisión que le interesaba, Wilky apagó el aparato y se dirigió nuevamente al salón, plantándose ante el reloj y quedándose allí, como cada noche, con sus grandes ojos electrónicos abiertos y su «cerebro» repasando cuidadosamente las nuevas asociaciones logradas.

Sin duda alguna el viejo robot era el vigilante de la casa y, por todo cuanto había sentido y visto en ella, formaba parte de la familia, ocupando una posición difícil, imposible de concebir claramente.

Cuando las saetas del reloj marcaron las siete, Wilky salió silenciosamente del salón, abrió la puerta posterior de la casa y fue, como cada mañana, al depósito de los otros robots, que, momentos más tarde, trabajaban ya en el jardín, esperando que la dueña de la casa se levantase para poder iniciar la limpieza general de las habitaciones.

Luego el viejo robot se dirigió a la cocina y puso en marcha la máquina que preparaba los desayunos, comprobando, con una ligera satisfacción, cómo el precioso mecanismo empezaba a cortar y tostar el pan, agregando la mantequilla, distribuía las raciones de mermelada y preparaba el café para la señora y el cacao vitaminado para Thomas.

Si hubiese podido sonreír, Wilky lo hubiese hecho. Pero el hombre no le había dotado de aquella particularidad, celoso, podía ser, de que la máquina hubiese llegado a ser más feliz que él, cosa indudablemente nada difícil.

Wilky salió al jardín, llamando a uno de los robots al que, en secreto, había enseñado sus propios trabajos, que el otro ya realizaba con bastante precisión.

Los dos robots dieron una vuelta total por la casa, excepto las habitaciones ocupadas y Wilky fue haciendo preguntas que el otro contestaba con precisión.

Luego le acompañó nuevamente al jardín.

Un poco después de las ocho, Carol bajó de la planta superior.

—Buenos días, señora Templer.

—Hola, Wilky.

El vio que el rostro de la mujer seguía entristecido y se fijó, particularmente, en los dos círculos amoratados que rodeaban sus

ojos.

Aquello, para la vieja máquina, significaba «sufrimiento».

Carol fue hacia la cocina, seguida de su fiel servidor y se dejó caer en una silla, con la mirada perdida en una inexistente lejanía.

—Dame un poco de café, Wilky.

—¿No va a desayunar la señora?

—Sólo café, Wilky.

El no dijo nada más; pero se preocupó, ya que desde que Carol había llegado, apenas sí probaba la comida.

«Sufrimiento», pensó el robot.

Una vez servido el café, que ella tomó completamente distraída, Wilky se acercó a la mesa.

—¿Me necesita la señora?

—No, Wilky.

El robot salió tan silenciosamente como siempre de la cocina, atravesó la casa, llegó al jardín y se detuvo ante su joven alumno.

—Vete al salón y espera órdenes. ¿Sabes ya lo que has de decir?

—Sí.

Luego, después de comprobar que la otra máquina penetraba en la casa, el viejo Wilky se dirigió hacia la salida.

* * *

Al oír los dos disparos, Charles se estremeció de pies a cabeza, saliendo de la casa como una tromba.

Corrió hacia el porche, viendo entonces que Eliot se inclinaba, aún con los «Colts» humeantes en las manos, sobre el cuerpo de Fermont.

Se detuvo junto al viejo y miró estúpidamente el cadáver del hombre

del futuro.

—Este cuatrero no le molestará más, Charles, amigo mío.

Templer no contestó nada.

Una especie de nudo le apretaba intensamente la garganta, impidiéndole la menor manifestación. Pero luego, al cabo de unos instantes, dejó de mirar al cadáver y clavó sus ojos en los de Morrison.

—¿Qué ha hecho usted, Eliot?

—¿Que qué he hecho? Limpiar un poco de cizaña, ¿acaso no lo ve?

—Me ha perdido usted definitivamente, Eliot.

—¿Que le he perdido? ¡Que me aspen si le entiendo!

Charles estuvo a punto de explicárselo todo, absolutamente todo; pero se abstuvo.

¿Qué podía entender aquel hombre de la fantástica aventura en la que él estaba metido?

Lo horrible estaba allí, a sus pies, como un colofón de todos los fracasos suyos, ya que la muerte de Fermont iba a repercutir, inmediatamente, en la actitud del Gobierno del Planeta respecto a Charles Templer.

Casi sonrió.

Y si lo hubiese logrado, su mueca, más que sonrisa, hubiera sido producto del recuerdo de la Ley de su época, que castigaba tremendamente al que mataba.

Y sin embargo, los «mutantes» habían sido condenados a muerte y tortura indecibles, sin ninguna duda, como se hubiera hecho con una plaga de insectos «que asolase un campo recientemente cultivado.

—¿Qué le pasa, Templer?

—Nada. Me ha emocionado un poco todo esto.

El viejo Eliot sonrió.

—No debe preocuparse, muchacho. Así tratamos en las tierras de América a los asquerosos coyotes que no dejan vivir en paz a las

personas honestas. Lo he oído todo.

—¿Qué ha oído?

—Toda la conversación que tuvo usted con este tipo. Muchas cosas no las entendí, pero mi vieja intuición no se equivocó un ápice y me di cuenta en seguida de que este pajarraco era el culpable de la desaparición de su esposa y la de su hijo… No sabía que Carol y usted tuviesen un pequeño.

—Lo tenemos.

—¡Lástima que no haya podido venir con ustedes! Pero ahora será diferente. Hablaré con el sheriff y no pararemos hasta encontrar al resto de la banda.

Hubo un corto silencio.

—Nunca los encontraría, Eliot.

—¿Nunca? ¿Por qué?

—Ya le dije que todo esto es como una mala pesadilla.

—Me apena que sufra tanto.

En aquel momento, Frank llegó a galope, deteniéndose ante ellos y bajando del caballo de un ágil salto.

Miró al cadáver.

—¿Qué ha pasado, padre?

—Este era uno de los raptores de Carol. ¿Cómo has venido solo?

—Fue una idea. Después, al oír los disparos, avancé a galope. ¿Así que este tipo fue el que se llevó a Carol?

—Debió de formar parte de la banda.

—Pues he visto al otro, padre.

El viejo enarcó las cejas.

—¿Hay otro? ¿Estás seguro?

—Sí. Lo he visto detrás de los olmos.

—¡Vamos a por él!

Charles fue tardo en reaccionar; pero, cuando les gritó que se detuviesen, corrían ya sobre el mismo caballo hacia los olmos.

—Demos la vuelta por este lado —dijo Eliot—; así lo cogeremos por sorpresa.

Se detuvieron, poco después. Desmontaron y avanzaron, ya con las armas empuñadas.

Hasta que descubrieron al hombre.

Les extrañaron sus vestiduras, que recordaron a Frank las que Templer llevaba el día de su llegada.

Y así se lo dijo al viejo.

—Sí —asintió éste—, deben de ser de! mismo país. Un extraño país, que me trae de cabeza.

Avanzaban como sombras, cuidadosamente, sin hacer el menor ruido.

—Conviene cogerle vivo —dijo Eliot—, Muerto no nos servirá de nada.

—¿Qué piensas hacer?

—Sonsacarle, aunque tenga que arrancarle la piel a tiras, sobre dónde tienen escondidos al hijo y la mujer de Templer.

—¿Un hijo? ¿Tienen un hijo?

—Sí. No nos dijeron nada... ¡Pobrecillos, lo que han debido sufrir en silencio!

—Déjamelo a mí, padre. Cuando se trata de hacer hablar a un tiparraco como ése, prefiero ser yo quien se ocupe de él.

—Está bien. Vamos.

La distancia iba disminuyendo y pudieron ver, con toda claridad, que aquel hombre estaba nervioso y se movía constantemente, de un lado para otro.

—Quédate aquí, padre.

—Está bien; pero ten cuidado. Yo te cubriré con mis «Colts».

Fue entonces cuando ambos, al moverse hacia la izquierda, dispuestos a dar el último salto, vieron la esfera.

—¿Qué es eso?

Eliot tardó en contestar.

—Qué raro… parece un globo de cristal. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

—¿No crees que sea de ese tipo?

—No lo sé. Lo que me pregunto es para qué le servirá.

Hubo una pausa.

—¡Bueno! —exclamó Frank—. No vamos a dejarle ahí por esa tontería, ¿verdad, padre?

—No. Sigue adelante. Estaba mirando ese globo, pero es completamente transparente y no hay nadie dentro.

—Voy entonces.

Se arrastró, inclinado sobre la tierra, dispuesto a caer sobre el individuo, sin que éste advirtiese lo que se echaba encima.

Pero el otro, cuando ya Frank iba a atravesar de un solo salto la distancia que te separaba de él, le oyó y se volvió como una exhalación.

Un grito ahogado brotó de su garganta. Luego, antes de que Frank, naturalmente sorprendido, reanudase su iniciativa, el hombre corrió hacia la esfera, penetrando en ella por el lado opuesto al que estaba el Joven vaquero.

Eliot disparó entonces.

La silueta del hombre, en el interior de la esfera, era perfectamente visible, pero las balas rebotaron sobre la superficie de aquélla, sin hacer la menor mella.

—¡Dispara tú, Frank!

También lo hizo el muchacho, obteniendo el mismo resultado

negativo.

Entonces, repentinamente, un agudo silbido brotó de la esfera; un silbido tan penetrante que obligó a los dos Morrison a taparse los oídos con las manos.

¡Y la esfera desapareció!

CAPÍTULO X

Estaban los tres, en lo alto de aquel rascacielos, completamente rodeado y protegido por un verdadero ejército de robots-policías.

Eran viejos, hombres que habían vivido la época de la Tercera y última Guerra y que guardaban, por ello, el rencor y el odio en sus corazones.

Como siempre, el Gobierno del mundo correspondía a una caduca generación y aquellos hombres, incapaces de una sola mirada límpida, habían cerrado el paso a los jóvenes, que sin rencor ni odio en su pecho, hubieran orientado el mundo por los caminos que todos soñaban y deseaban.

Estaban los tres, los tres tiranos del planeta.

Sobre la apergaminada piel de sus rostros, sus ojuelos no dejaban de brillar, inquietos, de un lado para otro, como el de la rata acosada, que busca salida a su miedo, mucho más grande que su cuerpo.

—Fermont no ha regresado aún —dijo uno.

—No tardará — repuso otro.

Pero aquello no eran más que palabras; palabras con las que intentaban hacer esperanza.

De no haber sido por los muros espesos de la casa y por la insonorización de toda ella, hubieran podido oír perfectamente el rugido de la multitud que llevaba tres días y tres noches luchando contra los robots-policías.

—Tendremos que hacer algo —volvió a decir el primero.

—¿Algo?

—Sí. No podemos dejar que nos cojan así. Somos demasiado importantes para la civilización, a pesar de la opinión de todos esos locos.

¡Palabra! ¡Palabra!

Entretanto, Collowan, después de escapar por casualidad de manos de Frank Morrison, atravesaba el tiempo, terminando su camino en el laboratorio de Larson, que nadie conocía y que nadie vigilaba.

La esfera se concretó en la estancia, acoplándose correctamente a su antiguo puesto.

Habían inmovilizado la palanca, de manera que sólo al ponerla en marcha saliese disparada hacia la época en que se encontraba Templer.

Collowan, aún pálido por el miedo que había pasado, salió de la esfera, dirigiéndose hacia el televisor que había en el fondo de la estancia.

Ni por un momento se le ocurrió mirar hacia el otro lado donde, en plena oscuridad, se recortaba débilmente una silueta maciza.

Manejó el aparato.

El rostro de uno de los tres tiranos apareció inmediatamente en la pantalla.

—¿Qué hay? ¿Dónde está Fermont?

—Lo han matado, excelencia.

—¿Quién?

—Los hombres del siglo XIX; los amigos de Templer.

—¡Maldición!

Hubo un largo silencio. Después ordenó:

—No se mueva de ahí, Collowan. Vamos a ir a la esfera, acompañados por una escuadra de robots-policías. Volveremos al XIX y haremos que

Templer cumpla su palabra. Es la única solución que nos queda.

—¿Usted cree?

—Sí. Le obligaremos a fabricar una cantidad mil veces mayor de cepas virulentas. Y castigaremos a los que han osado levantarse contra nosotros. En cuanto varios millones de ellos mueran de cólera, los ánimos se calmarán, estamos seguros.

—Aquí espero.

—Téngalo todo a punto. Llegaremos con un helicóptero.

—Está bien.

El aparato se apagó.

Nervioso, Collowan se movió de un sitio para otro, deseando estar ya de regreso, junto a aquellos álamos, para demostrar a aquellos desdichados hombres del siglo XIX el poderío de los del XXI.

¡Ahora pagarían la muerte de Fermont!

Se dejó caer sobre un sillón y cerró los ojos, regocijándose al imaginarse todo lo que iba a pasar cuando los tres, con él y los robots, se presentasen en aquel perdido rancho del pasado.

La silueta maciza empezó a moverse.

Lo hizo tan silenciosa y calladamente, que Collowan no sintió absolutamente nada.

¡Si hubiese abierto los ojos!

Pero las imágenes que creaba le estaban llenando el corazón de un gozo anticipado. Y mantuvo los ojos fuertemente cerrados, mientras la silueta pasaba ante él, dando la vuelta lentamente, hasta colocarse a sus espaldas.

Entonces...

Fue tan breve como definitivo.

ES golpe le trasladó, repentinamente, de un estado inconsciente voluntario a una inconsciencia involuntaria y profunda.

Momentos más tarde, un silbido llenaba la estancia.

* * *

Se encerraron en su laboratorio, Charles empezó a trabajar frenéticamente, preparando las cepas que Se habían pedido, con m entusiasmo que deseaba utilizar como barrera que le separase de su profunda desesperación.

Deseaba ardientemente que el hombre que había logrado huir con la esfera tal y como le habían relatado los Morrison, informase a los Tiranos que él no tenía culpa alguna y que estaba dispuesto a obedecer, aunque seguía repugnándole de la misma manera hacerlo.

La separación de los suyos, por la fantástica barrera del tiempo, le parecía la más intolerable de todas. Y pensar que Carol y el pequeño podían estar ya en el Centro de Selección, muriendo definitivamente para él, le ponía fuera de sí.

La culpa era de los Morrison.

Pero, sin embargo, no se encontraba con fuerzas para echarles en cara algo que habían hecho con la mejor fe del mundo.

A veces echaba la culpa a la máquina del tiempo, maldiciéndola, ya que ella había sido la culpable, creando algo verdaderamente monstruoso, de cuanto había ocurrido.

¡Qué tranquila y normalmente vivían los Morrison!

Para ellos, el pasado era lo que siempre había sido para el hombre, una fuente de recuerdos y añoranzas. Y el futuro seguía siendo un sagrado arcano, en el que nadie podía penetrar.

¡Maldita máquina!

Cuando llamaron a la puerta, Charles estuvo a punto de decirles que se fuesen y lo dejasen tranquilo; pero, sin embargo, al fin, se levantó y fue a abrir.

Una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

—¡¡WILKY!!

—Buenos días, señor.

Charles no podía dar crédito a sus ojos.

—¿Puedo pasar, señor? Nadie me ha visto llegar…

—¿Cómo lo sabías? ¿Cómo lo has logrado? ¿Qué tal están ellos?

Demasiadas preguntas para un pobre robot.

Wilky penetró en la estancia, cerró la puerta y empezó a contestar, ordenadamente.

—La señora y el niño están perfectamente bien y no corren peligro alguno.

—¿No les han hecho nada?

—No pueden hacerles nada, señor. Los tiranos están escondidos, protegidos por los robots-policías. La gente se ha levantado contra ellos.

—¡Santo Dios!

—Sí; señor. Todo el mundo está de acuerdo con usted, nadie quiere hacer daño a los «mutantes».

—Pero… ¿qué sabes tú de eso, Wilky? ¡Si no eres más que una máquina!

—Una máquina que repite lo que ve y oye, señor.

—¡Mi viejo Wilky!

¡Cuánto le hubiese gustado a la «máquina» poder sonreír en aquel instante!

—¿Cómo has logrado venir?

—Supuse que el señor iba a necesitarme… y no me equivoqué. Cuando llegué al laboratorio del doctor Larson, cuya dirección, que quemé, me sabía de memoria, no tardó en llegar Collowan con la esfera. Habló con ellos.

—¿Con los tiranos?

—Sí. Van a venir aquí, acompañados por un grupo de robots armados. Quieren obligarle a preparar las cepas; pero esta vez no irán destinadas a los «mutantes».

—¿Entonces…?

—Quieren castigar a los revoltosos.

—¿Con el cólera? ¡Se han vuelto locos! ¡Acabarán con la Humanidad!

—No les importa, señor.

Hubo un corto silencio.

—¡No te preocupes, Wilky! ¡Voy a decirles a los Morrison lo que se prepara y los recibiremos a tiros!

El robot miró fijamente a su amo; después hizo algo que no había hecho jamás; movió la cabeza de un lado para otro, negativamente.

—No, señor.

—¿Eh?

—Los robots-policías vienen armados con rifles termonucleares. No podría hacer nada contra ellos.

—Es verdad.

—Tengo un plan, señor; si me lo permite.

—¿Tú un plan? ¿Estaré soñando?

—Yo los recibiré, señor.

—¿Qué quieres decir?

—Usted debe alejarse con sus amigos. No creo que sea conveniente que vean a los robots… Yo les recibiré y me encargaré de ellos. ¿Ve esto?

Abrió la metálica mano izquierda, mostrando una esfera grisácea.

—¿Dónde has cogido esa bomba, Wilky?

—En el laboratorio del pobre doctor Larson.

Y sin dejar que Charles dijese una palabra más, le explicó su plan, con todo detalle, obligándole después a que alejase a sus amigos del rancho.

Así ocurrió, en efecto y los Morrison se alegraron de ver que su amigo

deseaba pasear, a caballo, por los pastos.

* * *

La esfera se detuvo, como siempre, junto a la barrera de los álamos.

Collowan no pudo explicar a los tres su agresión y cómo recuperó el conocimiento antes que éstos llegasen, prefirió ocultarles lo ocurrido, temiendo la cólera de ellos.

—¿Es aquí? —inquirió uno de ellos, cuando la esfera se hubo concretizado. -Sí.

El hombre dio una breve orden a los robots, seis en total, que salieron, con las armas apercibidas, rodeando totalmente la esfera, de modo que no pudiese ser atacada desde parte alguna.

Entonces, los tres, seguidos por Collowan, descendieron.

—¿Sabes dónele está ese rancho?

—Sí.

—Adelante» entonces.

Pero, cuando iban a ponerse en marcha, Wilky apareció ante ellos, tranquilo.

Los robots no habían reaccionado ante su presencia, ya que se trataba de uno de ellos.

—¡Un robot aquí! —se asombraron los tiranos.

—Vengo a recibirles, excelencias —dijo Wilky.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Mi amo me fabricó en su laboratorio del rancho, excelencia. Mi amo les ruega que me acompañen y les pide perdón por lo ocurrido al inspector Fermont. Fueron los granjeros los que So mataron. Y ya han sido castigados.

—¿Quién lo ha hecho?

—Yo mismo los maté.

—¿Dónde está Templer?

—En su laboratorio. Ya están preparadas las cepas en la cantidad suficiente.

—Vamos. Guíanos.

Ninguno de ellos reparó en que la mano izquierda de Wilky estaba fuertemente cerrada.

Cuando llegaron al laboratorio, Wilky abrió la puerta, precediéndolos.

Todos, incluso los robots, que rodeaban a los tres cobardes tiranos, penetraron en la estancia.

—¡Aquí no está Templer! —aulló Collowan.

Fue lo último que dijo.

El pulgar metálico de Wilky, que sostenía la palanca de la poderosa granada, se levantó.

Una llamarada indecible lo envolvió todo…

* * *

—¡Demonios! ¿Qué ha sido esa explosión? Charles sonrió.

—He sido yo, señor Morrison. Habrá de perdonarme, pero mi laboratorio acaba de volar en pedazos.

—¿Se ha vuelto loco, Templer?

—No. Sabía que los raptores de Carol y el pequeño iban a venir y les preparé una trampa… una bomba de relojería»

—¡Bravo! —gritó Frank.

—Pero… ¿y ellos?

—Me están esperando en Europa. He tenido noticias y están bien.

Eliot sonrió.

—¡Gracias a Dios que todo se ha arreglado!

—Ahora —dijo Templer—, si me permite, voy a volver para preparar mi marcha.

—¡Lo acompañamos hasta el rancho!

Cuando vieron la destrucción del pabellón donde había estado el laboratorio, no pudieron por menos de asombrarse.

—¡Menuda bomba debía de ser! —exclamó Dick.

—¿Quiere que llamemos un carruaje? —inquirió Eliot —.Uno de mis hijos puede ir a buscarlo.

—No es necesario. Prefiero ir dando un paseo.

—¿A pie?

—Sí.

Eliot se calló, mordiéndose los labios.

—Como usted quiera.

Pero no pudieron contener la emoción cuando le abrazaron, uno tras otro, con toda la fuerza de sus músculos.

—Nunca lo olvidaremos —dijo Eliot.

—Dé recuerdos a Carol.

—Y bese al pequeño de nuestra parte.

—¡Nos hubiese gustado tanto conocerlo!

Charles se mordía los labios, haciendo esfuerzos para contener las lágrimas.

—Adiós.

Y se alejó.

Ellos, desde el porche, lo vieron dirigirse hacia los álamos, tras cuya barrera de follaje desapareció momentos después.

Unos instantes más tarde, un silbido apagado llegó hasta ellos.

—Ya se ha ido — dijo el padre.

—¿Cómo lo sabes?

Eliot meneó la cabeza.

— Es un hombre extraordinario… ¡Lástima que no pertenezca a nuestro tiempo! Frank y Dick Se miraron con extrañeza.

Pero el viejo no dijo nada más y dando media vuelta, penetró en la casa.

EPÍLOGO

La Tiranía había desaparecido.

Un mundo nuevo, consciente y lleno de bondad parecía alumbrarse con un nuevo sol, más resplandeciente que nunca.

Después de unas reuniones extraordinarias, que presidió personalmente Templer, como miembro técnico de primerísima categoría, se estaba preparando una expedición médica para Europa, con la misión de hacer todo lo posible para reintegrar a los «mutantes» a la vida del resto de la Humanidad.

Aquella noche, cuando Carol y el niño hubieron subido a sus respectivas habitaciones, Templer se quedó, como solía hacerlo, en su despacho, sentado en un cómodo sillón, fumando plácidamente un cigarrillo.

Reflexionaba.

Estaba contento por haber destruido, sin que nadie lo supiese, la máquina del tiempo.

Pensaba que, al haberlo hecho, había realizado un relevante favor a la Humanidad, dejando el pasado bajo la sagrada losa que lo cubría.

Pero, de todas las maneras, para él, en su alma, igual que en la de

Carol, los Morrison estaban tan vivos como ellos y no pasaba un día sin que hablasen de aquel tiempo pasado en el rancho.

Era verdaderamente emocionante saber que habían hecho algo para aliviar el mal de una época remota.

Charles sonrió.

Todo iba bien y el mundo parecía haberse encauzado definitivamente por el mejor camino, por el camino del bien. Sólo que…

Sí, evidentemente, a él, Charles Templer, le faltaba algo.

Y, sin dejar dé sonreír, entornó los ojos.

Le pareció entonces que la puerta del despacho se abría sigilosamente y que una silueta conocida aparecía en el umbral.

—¿Quiere que le prepare un whisky, señor?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡El viejo Wilky!

FIN

[1] El ultramicroscopio no es más que una derivación óptica del microscopio normal. Consiste en la iluminación indirecta del objeto a observar, lo que procura un mayor aumento.